

GUERRILLERO DEL ESPACIO

ralph barby

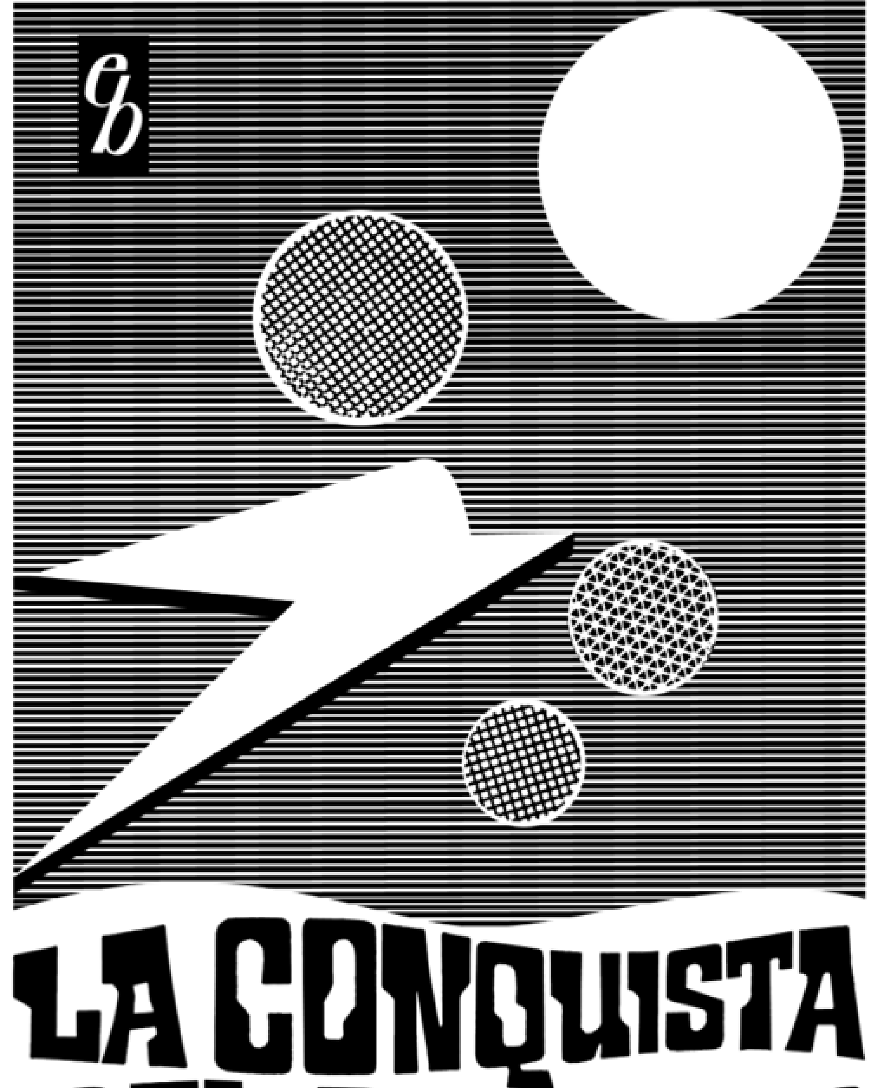
CIENCIA FICCION



GUERRILLERO DEL ESPACIO

ralph barby

CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

RALPH BARBY

GUERRILLERO

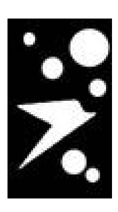
DEL
ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 149

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

Depósito legal: B. 17.833 -1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España-Printed in Spain

1.a edición: junio, 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple

coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — El telépata, *Joe Mogar*
2. — Todos los rostros del pánico, *Curtis Garland*
3. — Expedición a la vida, *Glenn Parrish*
4. — Evasión del mundo del terror, *Curtis Garland*

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Jacke, va a reventar los motores! —gritó asustado Bert Sullivan, agarrándose a los brazos de su butaca anatómica en el puente de la nave interplanetaria Scorpio-101.

La nave vibró totalmente de proa a popa. Los motores atómicos estaban funcionando en aquellos momentos al máximo de su rendimiento.

Sam Sunday, teniente de la navegación espacial mercante lo mismo que sus compañeros, ya que ninguno de ellos pertenecía a grupo militar alguno y sólo dependían de sí mismo y de Bert Sullivan, el astrofísico y financiero que había pagado aquella peligrosísima expedición, puso cara de resignación y observó al mayor Jacke Dean, comandante de la Scorpio-101 que le pertenecía.

—Viajábamos ya impulsados por una buena velocidad. Creo que no era preciso reactivar los motores para aumentarla.

Tras las palabras del negro y fornido San Sunday, el mexicano Xano, observó:

—Estamos a doscientas setenta y tres mil millas hora. Hemos batido un récord espacial, lástima que no nos homologuen, mayor.

— No hará falta que nos homologuen nada si nos desintegramos antes de llegar a la Tierra.

Jacke Dean movió el vaso de acero inoxidable que había estado pegado al panel de mandos que tenía delante de su butaca de comandante. La gravedad artificial impedía que el whisky con hielo se esparciese por todo el puente de la Scorpio-101 y el imán de sujeción evitaba que las vibraciones y cualquier brusquedad de la nave desplazaran el vaso, desparramando su contenido. Bebió un trago y dijo:

—Xano, recuérdame que la próxima vez que salgamos al espacio escojamos un whisky mejor para celebrar éxitos como el que estamos obteniendo.

Jacke Dean era delgado, pero fuerte. Su cabello era color cobra y sus pupilas, avellana claro. Muchos lo habían catalogado como un cínico y otros como un aventurero sin escrúpulos, pero todos sabían que Jacke Dean era de la clase de tipos que corría cualquier peligro siempre que éste entrañase un mínimo de aventura.

La disputa con el general Travers, del alto estado mayor de los pleitos interplanetarios de la Unión de los Estados Americanos, que comprendía desde la Argentina al Canadá, le habían obligado a solicitar la dimisión y a trabajar por su cuenta, primero al mando de compañías particulares hasta que había podido adquirir su propia nave, en parte construida bajo su supervisión.

No podía decirse que Jacke Dean hubiera tenido una vida muelle. Pese a su juventud, podía explicar infinidad de aventuras con peligros vividos personalmente.

Las cadenas difusoras de teletrivisión habían tratado de comprarle los derechos de sus aventuras e incluso le habían pedido que actuara él mismo como protagonista en una serie espacial, pero Jacke Dean se había limitado a sonreír con su mordacidad habitual sin firmar nada.

Bert Sullivan había conseguido contratarlo para una aventura arriesgada de la que estaban regresando, y las cosas, para la Scorpio-101 al igual que para sus tripulantes, no marchaban bien.

—Hay que llegar pronto a casa. Cuando vuelvo de una expedición, me molesta que se haga larga, pesada y monótona.

—¿Pesada, monótona? ¡Usted está loco, Dean! —gritó asustado

Bert Sullivan al percatarse, por las vibraciones de la nave, de que estaban acelerando cada vez más.

—Vamos, Sullivan, ¿qué le ocurre? ¿No le funciona bien el sistema biológico de evacuación? —bebió un trago de whisky con hielo—. Usted me contrató porque, según cree, estoy loco, y hemos tenido éxito, no lo olvide. Hay tanto plutonio natural en estado de sulfato en el ecuador venusiano, que cuando la Tierra se abastezca de él por un sistema de naves interplanetarias de carga, tendremos energía para por lo menos diez millones de años. El filón es inagotable, Sullivan, y usted se va a hacer rico, muy rico.

—Y usted se lleva el treinta por ciento, que no está nada mal. Va a tener más dinero que todo el oro que hayan podido acumular los Estados Unidos de América a lo largo de su historia, o el Banco de Inglaterra.

—No olvide que nosotros somos tres a repartir. En cambio, usted se queda el setenta —objetó molesto, aunque sonriente.

—Oiga, Dean, lo que está haciendo ahora no será un chantaje, ¿verdad? No pretenderá hacerme coger miedo para que aumente el tanto por ciento a su favor, ¿eh?

—¿Me cree capaz de aprovechar la situación, Sullivan? —preguntó con la cara vuelta hacia el físico y financiero Bert Sullivan, un hombre grueso y con escaso cabello.

—Bueno, yo… —observó al negro Sam Sunday, quien también tenía sus ojos clavados en él, y luego hizo lo propio con Xano, el mexicano que le miraba a su vez—. No, no creo que hagan tal cosa. Ha sido una estupidez de mi parte decirlo, estoy algo nervioso.

—Sullivan… —aguardó a que le prestara atención y prosiguió—: Es usted un cerdo si está pensando que le hago una jugada, que pienso intimidarlo.

— No, no podría hacerlo. Usted sabe que el contrato quedó estipulado, firmado y custodiado en el Banco Central de Brasilia.

—Lo sé, pero me bastaría abrir la escotilla y usted quedaría absorbido por el espacio exterior. Se convertiría en un meteoro biológico para el fin de los siglos salvo que se incrustara contra la superficie de un planeta muerto para hacer un pequeño cráter o se desintegraría por la fisión contra la atmósfera de quién sabe qué planeta desconocido. ¿Sabe qué le ocurriría si se quedara flotando en

el exterior sin traje espacial? Yo se lo diré. Se quedaría helado a menos que le dieran directamente los rayos solares, y por efectos del frío, se congelaría de tal modo que un simple golpe lo rompería en miles de pedazos.

—Sé perfectamente todo eso, soy doctor en física —recordó Bert Sullivan.

—Sí, usted se graduó, no cabe duda, pero toda la física que usted sabe es la que puede conseguirse con el dinero y su codicia. Una buena aleación. Tiene dinero para vivir como quiera y, sin embargo, se arriesga para ganar todavía más.

—Quiero ser más rico, más poderoso. Con este plutonio natural de Venus seré el hombre más importante que haya existido en la Tierra.

—Eso será si llega vivo —objetó Dean.

Todos quedaron en suspenso. Bert Sullivan palideció ante la mirada del comandante de la Scorpio-101.

—No irán a dejar que me mate, ¿verdad? Los condenarán a perpetua.

Jacke Dean bebió todo el contenido del vaso y un pedazo de hielo quedó solitario en el fondo. Jacke Dean inclinó el vaso y lo dejó caer en el suelo. Después, con un talonazo, lo hizo añicos.

—¿Lo ve, Sullivan? Así quedaría.

—¡No, no voy a dejar que me maten! Debía suponerlo, son unos aventureros, unos cínicos aventureros.

Jacke Dean pulsó un botón negro en el que podía leerse la palabra *close* y los motores se detuvieron.

—Se ha excitado por nada, Sullivan. Los motores están parados, ya no vibra la nave. Viajamos sin freno gracias a la velocidad que hemos adquirido hace unos momentos.

Bert Sullivan, con la frente perlada de sudor, respiró hondo y suspiró. Después, forzó una pequeña risa.

—Se ha divertido, ¿verdad, Dean? Se ha divertido jugando al gato que tiene un ratón agarrado entre sus zarpas.

—¿Y por qué no? Aquí arriba, en mi nave, en el espacio, yo soy el gato y usted el ratón. En la Tierra era a la inversa, ya ve cómo cambian las cosas.

Xano advirtió:

—Hemos alcanzado las trescientas diez mil millas hora.

Bert Sullivan estaba pasando por una crisis nerviosa y le dio por una leve hilaridad.

—Yo también sé aceptar bromas, sí, bromas. Pronto estaremos en «casa», como usted dice y seremos ricos, muy ricos. Según la Carta Magna para la explotación y usufructo de yacimientos mineralógicos extraterrestres, los descubridores se quedan el cincuenta por ciento, su país de origen el treinta, y el control interplanetario mundial el veinte.

—O sea, que me corresponderá el diez por ciento del cincuenta por ciento del producto bruto de esos yacimientos —dijo Dean.

—Compadres, eso aunque parezca poco, es mucho. Me voy a comprar de un solo «checazo» todos los hoteles de mi querida Acapulco. Y tú, qué, Sam Sunday. ¿Te vas a comprar las cuatro mujeres más hermosas de la Tierra?

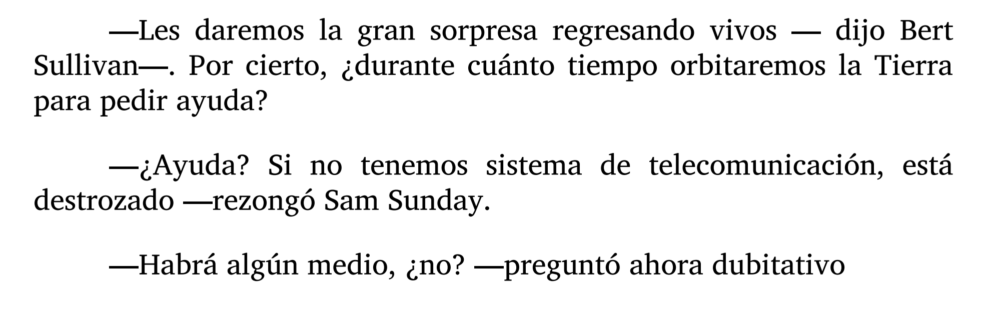
El negro sonrió, mostrando unos dientes blancos y fuertes.

— Me conformaré con financiar algunos proyectos que tengo para el África negra.

—¿Es que no se siente americano, Sunday? —preguntó Sullivan.

—Puede que sí, pero África es la tierra de los de mi raza. En fin, cada cual es libre de hacer lo que prefiera con la fortuna que le corresponda, ¿no?

—Claro que sí, Sam —corroboró Jacke Dean—, pero ahora hay que permanecer atentos. No podemos olvidar que desde aquella lluvia de pequeños meteoritos que destruyó el sistema de telecomunicación y algunos sensores del cerebro de la nave que no hemos podido reparar en vuelo, navegamos casi a ciegas, y nos podemos dar el «tortazo» en cualquier momento. Para los hombres de la Tierra, hace ya tiempo que hemos muerto al dejar de comunicar. Quizá hasta se hayan celebrado exequias fúnebres en nuestro honor.



—Les daremos la gran sorpresa regresando vivos — dijo Bert Sullivan—. Por cierto, ¿durante cuánto tiempo orbitaremos la Tierra para pedir ayuda?

—¿Ayuda? Si no tenemos sistema de telecomunicación, está destrozado —rezongó Sam Sunday.

—Habrá algún medio, ¿no? —preguntó ahora dubitativo

—Sí, lo hay, Sullivan.

—¿Y cuál es?

—No orbitaremos la Tierra.

—¿Quéee? ¡Eso es un suicidio, nos desintegraremos contra la atmósfera terrestre!

—Nos lo jugaremos a una carta, Sullivan. ¿Acaso no es usted jugador?

—Jacke, basta de bromas. Cuando se trata de la vida, n(soy jugador.

- Pues, es una lástima, yo sí y ya ve, soy el comandante de la nave.

—Pero ustedes dos, ahora que son ricos, ¿van a dejar que Dean los desintegre? —inquirió Sullivan a Xano y a San Sunday.

- No tema, no tema —pidió el mexicano—. Jacke sabe lo que hace. Hemos salido de muy malas.

—Pero nunca peores que ésta —rectificó Jacke Dean. Resopló y, más grave, explicó—: Tengo decidido entrar en tan gente en la atmósfera terrestre.

—Retornaremos otra vez al espacio —advirtió Sullivan

—No, porque al penetrar en la ionosfera comenzaremos a inclinar la proa de la Scorpio sobre la Tierra. Será un poco difícil, pero cuando ya estemos dentro de la atmósfera, navegaremos como cualquier otro aparato de turistas buscando el astropuerto de Brasilia. Es la mejor solución.

—A trescientas diez mil millas hora, eso es una bestialidad —advirtió Xano—. A fe mía que si descendemos a esa velocidad sobre la

Tierra, vamos a barrenarla de tal forma que saldremos por las Antípodas.

—Al llegar a la ionosfera, invertiremos la posición de la Scorpio y pondremos los motores a tope para contrarrestar la velocidad. Sólo vibrará un poco la nave, pero la aleación de acero al hafnio con que está construida resistirá lo suficiente.

—Eso será una acrobacia suicida.

—Si no le gusta, Sullivan, apéese de la nave. Ya volveremos luego a por usted.

La respuesta de Jacke Dean puso de tan mal humor a Sullivan que éste abandonó la butaca y se fue al piso inferior, a su mini-hábitat.

Se estiró en la acolchada litera, tomándose unas pastillas tranquilizantes. Había hecho repasar su corazón antes de la partida, pero después de los descubrimientos y la invasión de meteoritos que habían dañado la nave, su corazón comenzaba a flaquear.

Tres horas más tarde, la proa de la Scorpio apuntaba ya al planeta Tierra, que a su vez, por el movimiento de traslación alrededor del Sol, viajaba a su encuentro, aumentando entre ambos la velocidad de coincidencia, dato que había omitido a Sullivan para no ponerle más nervioso.

A Jacke Dean no se le escapaba lo peligroso de la situación y ya estaba preparado frente al panel de mandos para actuar en consecuencia.

Los sensores de la nave no funcionaban bien, no había fiabilidad en ellos.

—Sunday, ve a ver si el viejo tiene los atalajes de seguridad bien puestos. Vamos a «picar» muy pronto, y la nave va a temblar más que un estafilococo dentro del tubo de ensayo de un biólogo sádico.

—Sí, en seguida.

Sunday se levantó de su butaca para dar un vistazo a Sullivan, que se había dormido profundamente. Regresó diciendo:

—Todo bien. Adelante.

La Tierra se fue agrandando rápidamente ante ellos. Xano observó:

—No está la Luna.

—La propia Tierra nos la eclipsa, y a la velocidad que viajamos, no dará tiempo a que la Luna orbite a la Tierra nos la encontremos por delante. Es una suerte, porque podríamos cambiar la geología lunar con el tortazo que no diéramos contra ella.

—¿Os habéis dado cuenta de que la Tierra está totalmente cubierta de nubes? —observó Sunday.

—Sí, y en los hemisferios es muy raro, pero no tenemos tiempo para preocuparnos de esos detalles. Sujetaos bien los atalajes, el baile va a comenzar.

CAPÍTULO II

La nave vibraba tanto y de tal modo que parecía ir a desgajarse, a saltar hecha pedazos, desuniéndose los cuerpos soldados entre sí y que formaban el fuselaje.

La ionosfera estaba quedando atrás. Se hallaban cruzando la estratosfera y se disponían a penetrar en la troposfera.

Xano lanzó un grito largo, casi infrahumano. Era el dolor que se le escapaba de las entrañas, de cada célula de su cuerpo y brotaba por su boca abierta y desencajada.

Sam Sunday sudaba tan copiosamente que se hallaba empapado como si acabara de salir del fondo de una piscina.

—Jacke, esto se va a fundir —advirtió a su comandante y amigo.

Jacke Dean, que dominaba la Scorpio-101 contra las fuerzas exteriores y de la propia nave, contra las fuerzas gravitatorias, dinámicas y de rozamiento, observó algo socarrón:

—Sí, se está algo calentito aquí dentro. Cuando nos apeemos haré que repasen la calefacción.

—¡Esto no es broma! —gritó Xano—. ¡En el interior de la nave estamos a setenta y cuatro grados centígrados, nos vamos a cocer en nuestro propio vapor!

Jacke no quería desmoralizarse, pero los ojos se le nublaban. Era como hallarse dentro de una caldera de vapor. Si la temperatura seguía subiendo, se cocerían como en una maldita olla a presión, y se decía a sí mismo que no tenía vocación de pollo escalfado.

—Menos mal que el viejo está inconsciente.

Sam Sunday, refiriéndose como su comandante a Bert Sullivan. observó:

—Cuando despierte, habrá perdido tres o cuatro kilos por lo menos.

—No le irá mal, tiene demasiada grasa y eso es malo para su víscera cardíaca. Ahora, atención, voy a colocar la nave en navegación aérea. Reduciré la fuerza de los motores a diez centésimas.

—Fuera, la plancha estará candente —gruñó Xano—. ¡Eh, alto! ¿Te has fijado en los haremos termométricos? Estamos descendiendo de temperatura, parece que vamos a salir de ésta.

—¿Es que habías desconfiado en algún momento de que saliéramos vivos? — preguntó Jacke Dean socarrón.

Tanto Xano como el negro Sam Sunday le miraron entre perplejos e incrédulos. Después, ambos se echaron a reír.

El acondicionador climático de la Scorpio-101 dio muestras de funcionar bien, controlando la temperatura y la humedad ambiental, absorbiendo rápidamente el sudor de los cuatro hombres para reconvertirlo en agua pura y apartar las sales y grasas que pudiera contener. El proceso de reconversión del agua era vital para la Scorpio-101 o cualquier otra nave que pretendiera realizar largos periplos interplanetarios.

—¡Jacke, hay nubarrones por todas partes!

— No sólo nubarrones, son auténticas tormentas —gruñó Jacke —, Es muy extraño, pero no vamos a dar la vuelta al globo para comprobarlo.

—¿Adónde nos dirigimos ahora? —preguntó Xano.

—Al astrodromo de Brasilia. Supongo que a estas horas la cadena de radares estará controlando hasta el último de nuestros movimientos.

—¿No podemos enviarles ninguna señal?

A la pregunta del negro Sam Sunday, Jack Dean respondió:

—Sólo señales de luces que pueden confundir con los relámpagos de esta maldita tormenta que ha venido a recibirnos.

—¿Funcionarán bien los sensores para el aterrizaje? —preguntó Xano.

—Esperemos que sí.

—¿Eh, qué ha pasado? Estoy débil, muy débil, mareado... —balbució Bert Sullivan, apareciendo cogido a la puerta que daba acceso al puente.

—Creo. Sullivan, que le sobran unos agujeritos a su cinturón. Ha rebajado la barriga mientras dormía.

Bert Sullivan se miró y comprobó que lo que decían era cierto.

—Por todos los diablos. ¿Qué broma me han gastado mientras dormía?

—Ninguna, Sullivan, sólo hemos tratado de salvarle la vida.

Tras aquella respuesta de Jacke Dean, Bert Sullivan avanzó hacia él, dubitativo.

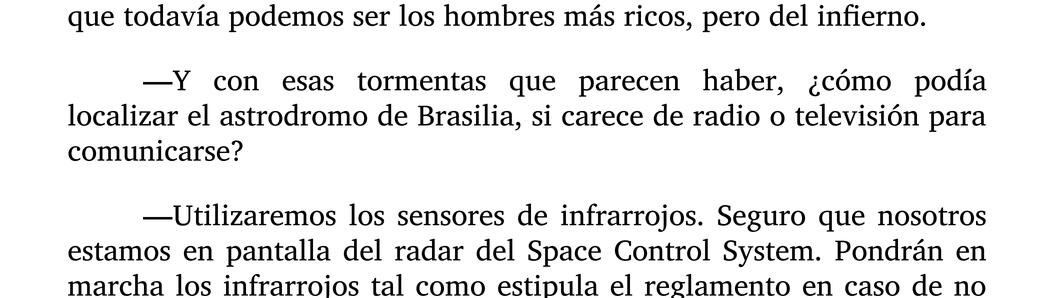
—No entiendo nada. ¿Dónde estamos?

—Navegando por la troposfera en busca del astrodromo.

—¿Hemos cruzado la ionosfera sin novedad?

—Eso de «sin novedad», pregúnteselo a la grasa de su barriga, Sullivan. Parece que le suda mucho el ombligo —se rió Xano, que también había dejado atrás el dolor producido por la fortísima lucha gravitacional y desacelerativa.

—Sullivan, todo lo peor no ha pasado aún. Tome asiento en su butaca y sujétese bien con los atalajes de seguridad. Vamos a tomar tierra, y no sé si los sensores de aterrizaje funcionarán bien, de modo



que todavía podemos ser los hombres más ricos, pero del infierno.

—Y con esas tormentas que parecen haber, ¿cómo podía localizar el astrodromo de Brasilia, si carece de radio o televisión para comunicarse?

—Utilizaremos los sensores de infrarrojos. Seguro que nosotros estamos en pantalla del radar del Space Control System. Pondrán en marcha los infrarrojos tal como estipula el reglamento en caso de no haber intercambio de comunicación.

—Pues, a probar —dijo Xano.

El comandante Jacke Dean apagó las luces del puente puso en marcha el control visual de infrarrojos, ya que no s| fiaba de los sensores automáticos.

— ¡Esta nave es una cafetera! —chilló Bert Sullivan en un rapto de histerismo, temiendo perder su vida y con ello todo el futuro de riquezas que había soñado después de los descubrimientos venusianos.

—No la trate así, Sullivan. La Scorpio es como si tuviera alma propia y podría disgustarse. Después de todo, le ha hecho el trabajo a la perfección y estamos regresando. Incluso hemos batido récords de velocidad.

—¡Me importan un rábano sus récords, mayor!

—Vamos, señor Sullivan, cualquiera diría que no es usted doctor en físicas, oyéndole hablar de rábanos —se burló Sam Sunday.

—Eh, ahí tenemos la primera torre de señalización de infrarrojos. Siguen el reglamento, muchachos, los de abajo no están dormidos.

—Bien —dijo Xano—. En diez kilómetros hallaremos la otra y así, reduciendo, hasta llegar al astrodromo.

El punto brillante y rojizo de los infrarrojos había sido captado claramente por los tripulantes de la Scorpio-101,

Pronto descubrieron la segunda señal y así fueron surgiendo las demás, hasta quedar ante ellos la larga pista del astrodromo. Apta para descensos en vertical y en oblicuo, sistema que estaban utilizando en aquellos momentos.

—Atención, vamos a probar el tren de aterrizaje. Esperemos que los neumáticos no hayan perdido el aire.

—Mejor sería que la Scorpio poseyera un tren de aterrizaje para deslizamientos sobre carriles.

—Vamos, Sullivan, deje de gruñir. Si hubiera tenido ese tipo de deslizamiento, no le habría servido para tomar suelo en Venus. Allí no hay carriles para suavizar el aterrizaje y hay que emplear neumáticos. Es más cómodo y más adaptable al terreno.

—También es más arcaico.

—Diablos con Sullivan. ¿Le tapo la boca, Jacke?

—No, Sunday, te ensuciarías las manos. ¡Ahí va!

Pulsó los frenos a fondo y la nave se deslizó rápida pero aminorando la velocidad entre los canales de marcadores infrarrojos. La infernal lluvia hacía que los neumáticos resbalaran sobre el fino asfalto.

Cuando la Scorpio se detuvo, Bert Sullivan respiró profundamente. Luego entró en un ataque de hilaridad. La risa histérica le dominó por completo mientras los cosmonautas miraban hacia el exterior. Frente a ellos tenían las luces del final de la pista, pero la cortina de agua era brutal.

El drenaje superespecial del astrodromo apenas podía absorber el agua que caía torrencialmente. En la propia pista había más de un palmo de agua, inundándolo todo, pero fuera de ella existían auténticos lagos fangosos.

—Creo que hemos llegado en un mal momento —observó Sam Sunday.

—Esto parece un monzón asiático —gruñó Xano.

Los relámpagos inundaban a ramalazos el cielo de luz. De pronto, unos potentísimos reflectores se encendieron, llenando la nave de luz. A través de los miradores, quedaron cegados. Pese a ello, Jacke Dean observó:

—Eh, muchachos, nos reciben con cañones. Hay que empezar a pensar que todavía podemos ser ricos en el infierno.

—Jacke, Jacke, éste se pone pálido, ha dejado de reírse. —Sam Sunday auscultó su pecho y dijo—: Hay que darle oxígeno en seguida. Creo que Sullivan sí va a ser fabulosamente rico, pero en el infierno!

CAPÍTULO III

La puerta de la Scorpio-101 se abrió, y Jacke Dean pudo ver al natural el diluvio que estaba cayendo sobre el astrodromo de Brasilia.

Varios vehículos *hover-craft*, con minipilas atómicas, se acercaron a la escalerilla. Eran vehículos militares, y de ellos brotaban las armas que apuntaban hacia la Scorpio.

—Eh, ¿qué sucede? Soy Jacke Dean y ésta es la nave Scorpio-101, correctamente matriculada. Lo tengo todo en regla y no hago contrabando, amigos. ¿Es que no me recuerdan?

—¿Comandante Dean? —inquirió un alto oficial que había arribado en uno de los *hover-craft* y que se hallaba protegido por un traje anti lluvia—. ¿Por qué no respondió a nuestras llamadas?

—Por todos los diablos, qué más hubiera querido que contestarles, pero un meteorito me «cascó» el sistema de telecomunicación al abandonar Venus. Hemos hecho todo el viaje en silencio y créame que es bastante aburrido, porque uno se divierte escuchando las órdenes que dan con sus voces de ganso. Ahora traigan una ambulancia. A bordo hay un hombre en grave estado. Su corazón está a punto de reventar como lo han estado los motores de

mi nave para poder llegar a la Tierra.

—Está bien, comandante, ahora vendrá una ambulancia. En cuanto a usted, pase a mi vehículo; debo conducirle ante la superioridad.

—Vaya, comandante, no sea cosa que por cualquier estupidez nos quiten los derechos que tenemos a ese plutonio anaranjadito que nos espera en Venus para ser fabulosamente ricos —dijo Xano.

—De acuerdo. Cuidad vosotros del viejo.

Mojándose, pasó al *hover-craft* atómico del oficial de vigilancia del astrodromo. Sacudiéndose el agua, ya dentro del vehículo que enfilaba hacia el túnel que conducía a las oficinas de mando, preguntó:

—¿Qué pretendían, con toda esa artillería láser con que nos han recibido? ¿No creen que no había para tanto? Ni que temieran la invasión de unos alienígenas.

—Nunca se sabe —gruñó el oficial, unos diez años mayor que Jacke Dean, quien había sido comandante gracias a su temeridad.

—Vamos, que vengo de Venus y no he hallado ningún hombrecillo verde por el camino con el cual tomar un whisky y charlar un rato de lo mal que se pone el tráfico por el cosmos.

—Es usted muy socarrón, comandante Dean.

—La verdad es que debería estar saltando de alegría. Hemos tenido algunas dificultades para llegar.

—Eso nos lo creemos, comandante —aceptó el oficial, encerrándose en un hermético mutismo.

Jacke Dean fue conducido al despacho del director general del astrodromo de Brasilia. Antes de cruzar la puerta, observó:

—Me las voy a tener que ver con el pez gordo, ¿eh?

La puerta se franqueó automáticamente. El oficial, tras saludar, se quedó fuera y Jacke siguió adelante, enfrentándose a la gran mesa del director general.

A ambos lados había sendas pantallas tridimensionales y a todo color. En una de ellas se veía la toma por urna cámara de la recién

llegada Scorpio-101 y la segunda, ofrecía una toma en primer plano. En aquellos instantes, Jacke Dean pudo ver cómo sacaban en camilla bajo la lluvia pero protegido por una carlinga plástica transparente a Bert Sullivan.

—El pobre no ha podido resistir la felicidad de llegar sano y salvo —comentó—. Se ha puesto a morir, espero que puedan salvarlo. Será el hombre más rico de la tierra y les conviene su amistad.

Tras la mesa había un grupo de personas, hasta diez, contó Jacke Dean que se hallaba en pie frente a todos.

—¿Por qué? —preguntó Marshal, director general del astrodromo.

- Hemos descubierto un yacimiento de plutonio natura! en forma de sulfato. Es de un color anaranjado precioso. Ya saben (SO4)2. Puro y natural, no artificial como el que tenemos en la Tierra. Tendremos energía para millones de años, y, según la Carta Mineralógica espacial, nos pertenecen unos; buenos tantos por el descubrimiento y toma de posesión de los yacimientos.

Una mujer hermosísima, a la que Jacke Dean no había; visto jamás y que permanecía sentada junto al mariscal Mijail Boronov, le dijo:

- Es posible que sean ustedes ricos, pero su riqueza no servirá de nada porque ya nadie puede salir del planeta Tierra.

—Vamos, vamos; es usted muy bonita pero un poco agorera, ¿no cree?

—Cuidado comandante Dean —observó molesta la mujer

—Oigan, vengo de un viaje larguísimo y he pasado mil apuros. Un meteorito por poco me parte en dos la nave y me ha dejado sin telecomunicación. Luego, casi nos desintegramos al entrar en la atmósfera terrestre. Acaban de ver bajar a un hombre en camilla y mis muchachos y yo estamos extenuados. Ahora ya estamos a salvo y vamos a ser ricos. ¿Por qué causarme problemas, a qué viene esta reunión? Parece un tribunal, casi un consejo de guerra. Tengo todos mis papeles en regla, incluidos los permisos de búsqueda de yacimientos mineralógicos en el espacio, y si no he respondido a sus llamadas, como ya he dicho al oficial que me ha conducido hasta aquí, es porque mi sistema de telecomunicación no funcionaba y si no

lo creen, levanten las tripas a la Scorpio y examínenla detenidamente.

—Cálmese, comandante Dean —pidió Boronov—, no tenemos nada contra usted. Sabemos que lo tiene todo en regla, sólo que nos ha sorprendido su arribada. Ha sido totalmente inesperada.

—Creíamos que había desaparecido en el espacio —añadió Marshal.

—Vaya, vaya.

—No le esperábamos, eso es todo. Comprendemos que tiene bien merecido un descanso, pero lo que nos reúne aquí es mucho más importante porque se está jugando la salvación de nuestro mundo — puntualizó la representante femenina.

—La señorita Novara tiene razón, comandante —corroboró el mariscal Boronov—, ¿Acaso no se ha fijado en la forma que llueve fuera?

—Sí, es cierto, y he visto que en gran parte del globo terráqueo llueve de la misma forma. Les confieso que me ha preocupado. ¿Es ése el problema?

—Uno de los problemas.

El director general del astrodromo concretó:

—En parte, no, en toda la Tierra no cesa de llover torrencialmente y los muertos ya se cuentan por millones.

—Caramba, eso sí es un problema. ¿Qué fenómeno ha causado esta catástrofe?

—La Luna, comandante Dean, la Luna —aclaró la señorita Novara que escrutaba la mirada desconcertada del cosmonauta.

—¿No se ha percatado a su llegada de que la Luna está mucho más cerca de la Tierra?

Tras la pregunta del director general, Jacke Dean denegó:

—No, no lo he notado, porque no la he visto. Hemos , venido a tal velocidad que no ha dado tiempo a ver la Luna, debía estar eclipsada a nuestros ojos por la propia Tierra0. Les confieso que he batido un récord de velocidad espacial, aunque nadie vaya a homologármelo.

Todos se miraron entre sí, evidentemente sorprendidos.

—¿Y no ha orbitado la Tierra antes de descender al astrodromo? — inquirió Mijail Boronov.

—No. Me lo he jugado todo a una carta.

—Caballeros, creo que la personalidad del comandante Dean es sobradamente conocida. Lo que no hace él, no lo hace nadie. Ya lo han oído. No ha tomado la precaución de orbitar la Tierra antes de descender, y ha perforado la atmósfera como un meteoro, pero sin desintegrarse. Creo que nadie lo conseguiría excepto él.

—Ya les he dicho que me lo he jugado todo a una carta. Mis sensores no funcionaban bien y he tomado el mando directo. En fin, me he arriesgado, he pasado momentos malos, pero aquí estoy. Los desperfectos de mi nave no son más que los que recibió a causa del meteoro al despegar de Venus.

—Lo que usted nos cuenta, comandante, es toda una aventura que muchos catalogarán de increíble.

—Pues es cierta.

—Y por cierta la tenemos, por eso invita a la reflexión.

—Bueno, díganme de una vez qué diablos pasa.

—Por favor, contenga sus ímpetus primitivos —pidió la señorita Novara con una sonrisa de suficiencia.

—Sólo me faltaba eso, que me llamaran primitivo.

—Quizá el que usted sepa como escapar a la técnica sea una posible solución. La Tierra está camino de desaparecer.

—No me lo digan, que me lo voy a creer.

—La Tierra, como planeta, no, pero los que vivimos en ella, sí —puntualizó el director general Marshal—. Hay pánico mundial. Hasta simples astrónomos aficionados están prediciendo el día del fin, aunque muchos auguran que será antes y están en lo cierto. Todos podemos ver cómo la Luna se acerca más y más.

—¿De veras temen que haya una colisión entre la Tierra y la Luna?

—No creo que quede nadie para poder verlo —explicó el director del astrodromo con un suspiro—. La proximidad de la Luna está compensando la gravedad terrestre, puesto que se atraen mutuamente, y el nivel de las aguas se eleva catastróficamente. Grandes ciudades como Nueva York, San Francisco, Los Ángeles, Buenos Aires, Marsella, Barcelona, Constantinopla, Hong-Kong, etcétera, ciudades que están al borde de los mares, ya se ven invadidas por las aguas y le gente huye de ellas con lo que puede a cuestas. Ni siquiera se ha podido organizar una operación de salvamento; tantas son las ciudades perjudicadas, tantas las casas que desaparecen bajo un mar que crece día a día. Y eso, dejando aparte los grandes, medianos o pequeños ríos, las torrenteras que bajan todas ellas desbordadas a causa de las intensas lluvias. La gente muere, el ganado se ahoga, todo se embarra y los vegetales mueren o se pudren en la humedad. Si continúa lloviendo sólo se podrán recolectar algas para comer y eso, si se consigue recolectarlas en medio de los mares embravecidos. La mayoría de los busques ordinarios se están hundiendo, no hay muelles donde guarecerse. Los que no perezcan ahogados o arrastrados por el barro, morirán a la larga por inanición, ya que los suministros se terminaran. Los *stockes* de víveres mundiales van camino de agotarse y no hay forma de reponerlos, tampoco de trasladarlos con un mínimo de garantía para que no se estropeen.

—Caballeros, todo lo que me explican es muy grave. ¿A qué altura creen que pueden subir las aguas antes de que ese hipotético choque Luna-Tierra se produzca?

—¿Quién sabe? —respondió el mariscal Boronov—. Dos, tres, cuatro mil metros de altura. La descompensación de la gravedad por la proximidad cada vez más creciente de nuestro satélite, teniendo en cuenta que no deja de ser un astro de gran importancia, puede hacer subir el agua a esa altura. Tampoco olvidemos que la presión descenderá verticalmente, ya lo está haciendo a pasos agigantados, y ése es el motivo de las graves tormentas mundiales que padecemos. El agua se evaporará a escasa temperatura, será como si lloviera de abajo arriba y luego a la inversa, casi simultáneamente

—Vaya, como si estuviéramos inmersos en la fuente decorativa de un parque público.

—Algo así —aceptó el mariscal sin el menor asomo de ironía.

—Si llego a darme cuenta de que la situación es tan grave, me quedo en Venus, ignoraba que regresaba a un planeta moribundo, en el que todas las ciudades están condenadas a desaparecer bajo las

aguas. Si es tal como dicen, dentro de un siglo no quedará ni rastro de nuestra civilización. Los diluvios continuados, la subida de los océanos, el derrumbe de los macizos, la inmersión de las metrópolis y, por si fuera poco, el probable choque de la Luna, harán que la Tierra se convierta en un astro distinto al que conocemos. Aumentará de masa y tardará algunos millones de años en recobrar su redondez, ya que al girar sobre sí misma, comenzará a redondearse a base de millones de años. Por la fricción de estas masas de rocas y tierras, aumentará el calor y toda el agua quedará en forma de vapor rodeando el planeta, con un es! pesor de varios miles de kilómetros. Después, sobrevendrá el período de lluvias y tormentas al enfriarse de nuevo la Tierra y se llenarán de agua los huecos, formándose océanos y configurando unos continentes jamás soñados de ese modo.

La rubia y atractiva Novara completó las palabras de Jacke Dean.

— Y se iniciará una nueva vida en la Tierra, una vida en la que nosotros no participaremos ni siquiera con vestigios. Todo, absolutamente todo, habrá desaparecido en medio de esas miríadas de toneladas de rocas frotándose unas contra otras como una gran molturadora y a más de mil grados de temperatura. Sí, comandante Dean, eso es lo que pretendemos evitar. Hemos creado una civilización avanzada, la civilización del *homo sapiens* y no deseamos que se destruya.

—Quién sabe si en el pasado, hace mil millones de años, pudo ocurrir algo similar y otra civilización también avanzadísima como la nuestra desapareció como estamos a punto de desaparecer nosotros —se preguntó Jacke Dean.

—No aventuremos más hipótesis, aunque tengamos que hacer ciertas concesiones al cálculo de posibilidades. Mi opinión es que no quieren destruir el planeta, sino todo lo que hay en él, a excepción de alguna vida marina. Si no lo remediamos, lo conseguirán, porque aunque se construyera una supuesta Arca de Noé submarina, podría sobrevivir un año, quizá dos, pero si detienen la Luna muy cerca de la Tierra toda una década, esa supuesta Arca de Noé terminaría sucumbiendo. La gravedad de nuestro planeta compensada y unos cuantos años de diluvio intensivo serían suficientes para terminar con todo vestigio de nuestra civilización. Los últimos seres de nuestra especie morirían en las cumbres de las más altas montañas, aislados y sin alimento. Luego podrán descender sin ningún temor y apoderarse de nuestro planeta. Sólo tendrán que retirar la Luna a su posición primitiva y la Tierra será enteramente suya.

Jacke Dean parpadeó incrédulo. Lo que acababa de oír le había dejado atónito.

—¿No pretenderán hacerme creer que alguien inteligente está empujando la Luna hacia nosotros con la maligna intención de destruimos por el sistema de utilizar la influencia del satélite para descompensar la gravedad terrestre?

—Comandante Dean, ésa es la triste realidad —asintió el mariscal Boronov.

—¡Es inaudito! ¿Cómo no les han planteado un ataque en toda regla?

—Ha sido un ataque sorpresa. Los alienígenas llegaron por la cara oculta de la Luna, deben utilizar un sistema anti-radar porque no fueron captados. Al poco, las bases lunares enmudecieron. Ni una sola llamada de auxilio, ninguna queja, sólo un mutismo total; la Luna no respondía.

—¿Y cómo tienen la seguridad de que esos seres están en la Luna, empujándola contra nosotros?

El director del astrodromo explicó:

— Potentísimos rayos láser infrarrojos, de unos mil metros de diámetro, brotaron de la Luna barriendo sistemáticamente todos nuestros laboratorios espaciales situados el órbita terrestre. En la propia Tierra hubo algún incendio, y que el rayo, al destruir alguno de nuestros laboratorios espaciales, tocó la corteza terrestre. Es brutalmente mortífero superior a todo lo conocido por nosotros. Desde la Luna, en un segundo, nos barren como si nada.

El mariscal Mijail Boronov prosiguió:

—Tras estas graves noticias, y al percatarnos de que la Luna iniciaba su peligrosa aproximación a la Tierra, detectada por las sondas espaciales y por los simples centros de astronomía científica, decidimos enviar naves de guerra, pero también fueron aniquiladas. Nada podía salir de la Tierra que no fuera exterminado por ese mortal rayo infrarrojo. Sir embargo, ellos no quieren destruir el planeta, parece que para esos seres es precioso y sólo desean eliminar todo sistema de vida a su manera.

—¿Han intentado enviar algún artefacto supernuclear aun que sólo sea para reventar la Luna y detener su avance? Es más peligroso

que la Luna se estrelle contra nosotros que no que desaparezca.

—Sí, lo intentamos tras muchas deliberaciones de este consejo, comandante Dean.

— ¿Y qué ocurrió?

—Comenzamos a albergar esperanzas de que todo iría bien? cuando el cohete directo a la Luna, cargado con el artefacto nuclear más grande jamás conocido por el ser humano, sobrepasó la distancia alcanzada por otras naves de guerra, pero cuando estaba a más de cien mil kilómetros de la Tierra su explosión no podía dañar a nuestro planeta con radiactividad, lo hicieron estallar. Era como si hubieran adivinado lo que les enviábamos. Desde aquel momento comprendimos: que eran superiores a nosotros y que ya no podíamos escapar al aniquilamiento. Pero, de pronto, aparece usted como si nada ocurriera, sin darse cuenta de que ha llegado a la Tierra cruzando la zona fatídica sin recibir un solo rasguño.

—Oiga, no estarán pensando en que haga de nuevo el viaje pero a la inversa, ¿verdad? No me atrae la idea de achicharrarme en el espacio exterior. Si me quedo en la Tierra, aún puedo resistir un tiempo, yo nado bastante bien.

Ninguno de los miembros del consejo tomó en serio su sarcasmo. Todos le miraban fijamente, y él podía leer en sus pupilas cuál era la decisión general.

CAPÍTULO IV

—¡Sam, Xano! ¿Cómo va eso?

Jacke Dean acababa de llamar a los hombres de su tripulación que se hallaban sobre las grúas de ensamblaje del gran hangar del astrodromo de Brasilia.

A través de los mini-intercomunicadores, ya que la distancia que les separaba era considerable y mientras agitaban brazo indicando que le estaban viendo, respondieron:

—Perfecto, está quedando mejor que nueva.

—Sam tiene razón, no hay como disponer del mejor más completo equipo de ingenieros espaciales para reparar la Scorpio. Creo que nunca lo hubieras soñado, Jacke.

—Sí, después del poco caso que le han hecho a las muestras de plutonio natural que trajimos de Venus...

—Sí, no están aquí las cosas tan fáciles. ¿Cómo sigue Sullivan?

—En coma en el hospital. Ya lo dije, iba a ser rico pero en el infierno. Su corazón no resistió tantas emociones. Creo que van a hacerle un implante de corazón artificial.

—Pobre viejo, tanta ilusión por su plutonio y ahora, panza arriba en el hospital —comentó Xano a través del intercomunicador que llevaba adherido al casco para prevención de accidentes.

—Bien, seguid adelante, tengo una cita.

—Descuida, Jacke, cuidaremos de que estos ingenierillos no nos estropeen la nave de los récords —ironizó Sam Sunday.

Antes de abandonar el gran hangar, Jacke Dean dio un vistazo a la nave.

Lo que le habían dicho era cierto. Estaba quedando mejor que nueva, pero por órdenes superiores la estaban cambiando mucho, también por dentro, pese a las limitaciones impuestas por Jacke Dean.

En el fondo, la Scorpio era una nave exploradora con limitaciones de carga para las muestras que pudiera hallar en el espacio exterior.

Tenía un buen almacén para aprovisionamiento de víveres para viajes largos y un hábitat confortable, pues Jacke Dean no gustaba de viajar como un autómata.

Sin embargo, la nave estaba siendo transformada interiormente y en cuanto a su sistema de telecomunicación, el deteriorado iba a ser sustituido por el más perfecto logrado hasta aquellos momentos.

Todos los sensores de a bordo estaban siendo mejorados a marchas forzadas, ya que los equipos de reparación y renovación trabajaban día y noche.

Jacke salió del hangar y en el elevador subió a la cafetería de la torre de control del astrodromo.

Sobre los cristales de las ventanas golpeaba la lluvia sin cesar, una lluvia constante que todo lo anegaba. En la gran pantalla de teletrivisión a color, Jacke pudo observar el comienzo de boletines especiales.

Las filmaciones de las catástrofes que ocurrían en todo el mundo eran pasadas con precaución para que el pánico no se desencadenara de una forma total y absoluta.

Se dirigía hacia la larga barra, pero cerca de una de las ventanas, sentada en una cómoda butaca, descubrió a la señorita Novara. Sin dudarlo, anduvo hacia ella.

—Buenas noches. Supongo que puedo tomar asiento.

- Le estaba esperando, comandante Dean. Se ha retrasado a la cita.
- Estaba dando un vistazo a mi nave. Para mí es algo vivo, no sé si me entenderá.

Cuando se hubo acomodado en la butaca, Dean pulsó las teclas que había en la mesa de acuerdo con lo que deseaba pedir. El servicio fue automático, apareciendo por el centro de la mesa el vaso preparado.

—Puede estar satisfecho, comandante Dean. Su nave va a ser equipada extraordinariamente con lo mejor de la ingeniería espacial.

—Es cierto, pero lo que realmente vale de la Scorpio lo ideé yo, y son sus motores los auténticos protagonistas de esta aventura.

—¿Se muestra soberbio a estas alturas, cuando la humanidad está a punto de perecer a causa de la invasión alienígena?

- No se trata de soberbia, sino de velocidad. Todas las naves que han partido de la Tierra desde el inicio de la aproximación de la Luna han sido destruidas al ser localizadas. El éxito estriba en alejarse lo suficiente de la Tierra mientras la Luna se halle en la cara opuesta para que cuando ellos puedan captarnos ya estemos a sus espaldas.

—Sí, ésa es la teoría que usted deberá llevar a la práctica. Volver a la Tierra sin ser localizados nos ha hecho concebir esperanzas a todos.

—Sí, luego habrá que acercarse por su espalda. Esperemos que no tengan su destructivo láser en aquella zona.

- No, su cañón láser está en la cara visible del satélite por lo menos hasta ahora. Se ha preparado una operación gran camuflaje.

—¿Es usted la encargada de notificármelo?

- Así es, comandante. Soy jefe de relaciones públicas espaciales.

Un cargo muy bonito y que le ha dado poco trabajo hasta ahora porque no ha tenido todavía la oportunidad de hablar con ningún invasor, salvo que me tome a mí por un hombrecillo verde.

- Es usted muy cínico, socarrón y soberbio.

—¿Me lo tomo como halagos o como epítetos? Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Todo el mundo me conoce por la señorita Novara.

—Yo soy distinto, por eso me han elegido para que me achicharre arriba.

—¿Es que trata de aprovecharse conmigo de su fama de Casanova? Vamos, comandante Dean, no sea niño —dijo burlona.

—Hay una diferencia entre los niños y yo.

—¿Cuál?

—Pues que a los niños les gusta jugar a papás y a mí no me gusta sólo jugar.

Ella carraspeó.

—Comandante, hay que llegar a la Luna como se le notificó y buscar a los culpables de esta catástrofe mundial que estamos viviendo.

—Sí, pondré en el morro de la Scorpio un pañuelito blanco para que no me disparen aunque, a lo peor, con sus ojos lo ven rojo, claro que cuando los encuentre, si es que eso sucede, les daré un fuerte apretón de manos y les diré...

—Esa no será precisamente su misión, comandante, sino a mía.

—¿La suya? —frunció el ceño.

—Lo que ha oído. Como jefe de relaciones espaciales, debo ponerme en contacto con esos alienígenas e intentar pactar con ellos.

—No me diga que usted va a meterse en mi nave...

—Su nave, comandante Dean, no es nada particular en estos momentos, sino el vehículo embajador.

—Creo que cuando la nombraron ese «rollo» de jefe de relaciones espaciales y demás pensaron que nunca habría tales relaciones, y que era algo así como nombrarla miss de «Carta Espacial» por darle un nombre, porque hay tal profusión de misses desde hace un siglo, que uno ya no sabe cómo llamarlas.

—Esto es intolerable, comandante Dean. Daré parte y prevengo que si bien su nave es totalmente necesaria, usted puede ser sustituido por un oficial militar para comandarla.

—Eso me parece una amenaza demasiado fanfarrona. Scorpio me pertenece.

—Sí, ya sé que tiene sus papeles en regla, pero puede que se le confisque la nave para que la tripule un comandante menos soberbio y grosero que usted.

—Siento decírselo, pero nadie conseguiría llegar donde con esa nave.

—¿Ah, no?

—No, porque nadie la conoce como yo.

—Eso está por ver.

—Lo que está por ver es si viajará usted en la nave. Lo que pasa, aunque sea poco, puede ser necesario para trasportar algo más valioso.

—No voy a aguantarle más. Por los informes ya sabía quién es usted, pero le aseguro que, pese a pensar lo peor me ha decepcionado.

La señorita Novara se había levantado dispuesta a marcharse, pero Jacke la cogió de la mano y tiró de ella, obligándola a sentarse de nuevo en la silla anatómica.

—Se enfada muy pronto y, a todo esto, no me ha dicho su nombre de pila.

—¡Me llamo, me llamo… porras!

—Bien, Porras.

—¿Qué se ha creído?

—Usted me ha dicho que se llama Porras, ¿o no?

—¡Al diablo!

—Para ser una jefe de relaciones públicas no tiene usted un lenguaje muy selecto y, siendo así, hasta es posible que pueda viajar en mi nave. Cuando estamos arriba y con la radio cerrada, solemos decir muchos tacos.

—Déjeme marchar. ¿Cree que voy a tolerar que siga insultándome?

—No es mi propósito insultar a una belleza como usted. Tiene unas piernas francamente bonitas y de arriba no está nada mal, pero voy a ser buen chico y hablaremos de lo que importa. Busque a quien sea oportuno, porque quiero saber en seguida lo que voy a llevar dentro de mi nave.

La mujer se alejó, y esta vez, Jacke Dean no la retuvo. La observó por detrás mientras caminaba y opinó que movía muy bien su cintura y otras cosas.

CAPÍTULO V

Todos miraron sus respectivos relojes puestos al segundo. El reloj atómico para control de despegues hacia el espacio funcionaba también, pero no de forma alarmista.

El despegue se realizaría en secreto, ya que se ignoraba hasta qué punto los atacantes ubicados en la Luna podían controlar y captar todo lo que se llevara a cabo en el planeta Tierra.

La llegada de la Scorpio-101 a la Luna debía realizarse sorpresivamente, por lo menos en principio, hasta establecer un contacto directo con los atacantes, sin darles tiempo a utilizar sus poderes de destrucción.

—Comandante Dean, le presento al capitán Clemans y a sus hombres, los sargentos Lester y Kamura y a la señora Andrea Novara.

—Mariscal, en mi nave no cabe tanta gente, máxime si quieren que bata ese récord de velocidad para alejarme lo suficiente de la Luna como para quedar en su cara opuesta antes de que seamos captados.

—Comandante Dean, su nave ha sido aligerada de peso superfluo. El combustible atómico para sus motores está al máximo, y el personal que le acompaña se adaptará a las circunstancias. Usted será el comandante.

Andrea Novara, que estaba delante, puntualizó:

—Pero, una vez en la Luna, seremos el capitán, los sargentos y yo quienes intentemos establecer contacto con las bases lunares silenciadas hace ya tiempo para conocer lo ocurrido y, por supuesto, si ello es factible, trataremos de hacer pactos de concordia entre los alienígenas y los terrestres, yo me encargaré de ello.

—Con una embajadora tan sexy, no creo que haya problemas. Esperemos que no sean caníbales espaciales.

—Su socarronería, comandante Dean, está fuera de lugar. Este es un momento trascendental —cortó la mujer, irritada. El mariscal Boronov carraspeó.

—Comandante Dean, usted será responsable de la nave, llevará al personal hasta la Luna y lo regresará a la Tierra.

—Y si no lo consigo, no es preciso que hagan una corte marcial a un aventurero, porque ya estaré en el inferno. ¿Por qué diablos habré aceptado esta misión? Óiganme bien, si ella, una vez en la Luna, quiere meterse en líos, no es problema mío, pero como las cosas se pongan feas cojo mi nave regreso a la Tierra.

—Esa jugada no me extrañaría nada en usted, comandante Dean — observó Andrea peyorativa. Volcaba su antagonismo hacia Jacke Dean, que para ella representaba al hombre y su patriarcalismo primitivo, cuando ella era una feminista radical.

—¿Qué, no hay concordia entre ustedes? Si no la hay, cómo pueden pedirla a esos seres que nos están atacando?

El director general del astrodromo miró su reloj y advirtió:

—Se acerca la hora prevista. A la hora cero despegarán e distintos puntos del globo quinientas grandes naves aéreas atómicas que navegarán a gran velocidad por la estratosfera, todas tienen una ruta, prevista, será la red de camuflaje. La Scorpio-101 pasará entre esa tupida red como si fuera una nave más. Ellos tratarán de controlar todas las naves, y por si acaso tuvieran algún detector en alguna parte, la Scorpio tratará de camuflarse e iniciar la marcha de alejamiento de la Tierra, tal como está previsto, teniendo a la Luna camino de las Antípodas por el sentido de la rotación lunar, lo que les dará el máximo de tiempo para alejarse. Después dará una vuelta cuando esté a seiscientas mil millas de distancia, y dirigirá recto hacia la Luna, acercándosele por su cara oculta. Tal como hizo para aterrizar en este astrodromo, no orbitará la Luna o sería destruida por el cañón láser que tiene estratégicamente emplazado.

—De acuerdo, de acuerdo. Ese trabajo corre de mi cuenta y si no llegan a pactar con esos seres, no es mi problema. Y cuidaré mi nave, y pienso regresar aunque sólo sea para nadar bajo el diluvio universal más catastrófico que haya conocido la historia de la Tierra.

Jacke Dean sabía que ya no había diálogo posible debido a la burocracia. La encargada de fijar unos pactos que desde un principio, consideraba utópicos, era una mujer altiva y orgullosa, además de bella.

Luego tenía a sus órdenes a un capitán y dos sargentos para escoltarla y un buen equipo de telecomunicación y traducción electrónica para supuestos idiomas hablados o escritos que abarcaba una extensa gama de símbolos, basados en la experiencia criptográfica, jeroglífica y alfabética de toda la humanidad. Con todo ello, Andrea Novara pensaba hacerse entender y al mismo tiempo se comunicaría con la Tierra desde donde el Consejo Mundial aceptaría o rechazaría le pactos.

Jacke Dean creía que los atacantes jamás llegarían a pactar. Aquélla era la última esperanza de salvación, Jacke lo sabía y su perspicacia le advertía que en realidad enviaban la Scorpio a aquella misión de acercamiento con una especie de rendición sin condiciones para evitar la exterminación total de la humanidad terrícola.

Nadie daba un par de centavos por el éxito de la expedición, pero siempre quedaba una esperanza. Todas las naves que habían despegado con anterioridad habían sido aniquiladas desde un principio, señal inequívoca de que los atacante no querían diálogo aunque Andrea Novara se empeñara en demostrar sus dotes de interpretación idiomática espacial, cuando aquel cargo seguramente había sido creado para hacerle un favor a alguien, pues no servía para nada.

—¿Cómo va todo, comandante?

—Bien, Xano. No nos quieren decir a las claras que vamos al infierno de cabeza, pero, ¿qué más da quedarse en la Tierra, agonizando poco a poco?

—Pues sí da, comandante. En la Tierra, con una buena chamaquita, se pueden pasar unos buenos días finales.

—Vamos a llevar una hembra a bordo, Xano.

—El término hembra es muy vulgar, comandante Dean —

advirtió la voz de Andrea Novara a su espalda, centrada en el umbral de la escotilla de acceso a la nave.

—De acuerdo, señorita Novara, jefe de relaciones espaciales y primera intérprete de idiomas desconocidos. Esperemos que su sabiduría idiomática le sirva para algo, menos mal que el general Boronov se le ha ocurrido cargar la nave con buenas armas láser y explosivos nucleares con detonantes por control remoto.

—Las armas sobran en esta expedición, sólo hacen que crear recelos. Ha sido un error, todavía estamos a tiempo de desembarcarlas.

—Ni lo sueñe, ya no hay tiempo, además, si hay que morir, prefiero hacerlo luchando. Es mi manera de ser. Ahora, vaya a mi hábitat y tiéndase en la litera. Sujétese bien los atalajes, esto no será un paseo de placer, Andrea.

—Señorita Novara —corrigió ella, muy tiesa.

—Vamos, Andrea.

—Comandante —le saludó militarmente el capitán Clemans, seguido de los sargentos Kamura y Lester.

—Usted, capitán Clemans, tiene una butaca anatómica aquí, en el puente. Sus dos sargentos, que vayan a los hábitats de Xano y Sunday, respectivamente, tal como tienen indicado, y que se sujeten bien los atalajes. Falta poco para despegar y con el exceso de carga que llevamos habrá que poner los motores a tope. No sé si llegaremos a la Luna nos desintegraremos en la ionosfera.

—Todos confiamos en sus cualidades como piloto espacial, comandante Dean. Estamos seguros de que todo saldrá bien.

Dean miró a Novara y ésta esbozó una mueca escéptica, desapareciendo por el corredor que conducía a los pequeños camarotes que debían repartirse, ya que viajaban demasiadas personas en la Scorpio-101.

A la hora prevista, y con la tensión en el ambiente, la nave encendió sus motores dentro del propio hangar. Montada sobre un carril, se deslizaría por la rampa de lanzamiento,

Las grandes paredes de acero que cerraban el hangar subterráneo se abrieron y frente a ellos quedó la rampa ascendente.

El reloj electrónico de la nave marcó la hora cero, y Scorpio, con todo cerrado y sus tripulantes y viajeros bien sujetos, comenzó a deslizarse impulsada por los motora atómicos.

La Scorpio se autopropulsó al máximo de potencia y en aquel mismo momento, a modo de camuflaje y tal como le indicara el mariscal Boronov, despegaron quinientas grandes aeronaves atómicas, provocando multitud de focos infrarrojos para ser captados por los posibles sensores de los alienígenas.

Las naves de protección siguieron rutas marcadas dentro de la estratosfera, y la Scorpio horadó la ionosfera y luego la exosfera a ultravelocidad.

La tensión acelerativa cedió, y Jacke Dean puso en marcha la gravedad artificial dentro de la nave.

—Comandante, ¿no detiene los motores? — preguntó el capitán Clemans. Le llevaría unos pocos años, y era igualmente fornido.

—No. Hay que seguir propulsándonos hasta aumentar velocidad, sólo estamos en ochenta mil millas hora, una velocidad pobre para escapar al peligro de ser barridos por el láser que tienen emplazado en la cara visible de la Luna.

—Jacke, tenemos ochenta y cinco mil millas hora en estos momentos —indicó Xano.

La nave vibraba al tener sus motores al máximo de potencia.

- ¡Hemos conseguido las doscientas mil millas! —exclamó Xano.

—Sólo estamos a la mitad.

- Esto va a desintegrarse —gruñó el capitán Clemans, mirando en derredor.

Ya con la gravedad artificial, apareció Andrea Novara en el puente, protestando:

- La nave parece que va a estallar.

—¿No les advinieron que iba a pilotar Jacke Dean? —preguntó éste con sarcasmo.

—Bueno, creo que es la única forma de evitar ser localizados.

¿No es así, comandante?

- En efecto, capitán Clemans, hemos de estar muy lejos, como un meteoro más en el espacio, cuando la Luna esté visible, y eso sólo lo conseguiremos a una velocidad próxima a las cuatrocientas mil millas hora. Esperemos que la nave resista Con el sobrepeso que lleva. Alcanzar esa velocidad, aunque la atracción de la gravedad terrestre sea mínima, no es fácil, hay que mantener los motores al máximo un tiempo excesivo.

—Los indicadores están todos en rojo —advirtió Sam Sunday.

- Ya lo ven, todo en rojo. Una cosa es cierta, si la Scorpio estalla, ni nos enteraremos, será una muerte rápida, de nodo que permanezcan tranquilos.
- En pantalla tenemos la Tierra. Da gusto tener el sistema de telecomunicación y los sensores en perfecto funcionamiento —dijo Sam Sunday con verdadera alegría.
- En la pantalla tridimensional y a todo color, captaron al planeta Tierra. No obstante, para no ser descubiertos en aquella misión, iban a mantener un silencio absoluto y total con respecto a la Tierra, aunque sí la podían captar con sus teletricámaras.
- Vista así, la Tierra parece más grande —observó el capitán Clemans.

—Es como una gran bola de algodón gris.

- Es cierto —admitió Jacke Dean—. Toda la Tierra está rodeada de gruesos nubarrones de kilómetros de espesor, que por más que descargan lluvia no dejan de renovarse, evaporando agua de lagos, ríos y mares debido al descenso vertical de la presión.
- ¡Jacke. hemos llegado a las trescientas mil millas hora.
- Bien, Xano, la cosa marcha.
- Pero la nave vibra cada vez más —se quejó Andrea Novara. Tenía que sujetarse a uno de los sillones para no caerse, y cuando lo hizo, quedó sentada sobre el propio Jacke Dean. Este la agarró por la cintura.

—Así no se caerá.

—¡Suélteme!

- Yo no la he obligado a que se sentara sobre mis piernas.

—¡Jacke!. —interpeló Sam Sunday, más que preocupado—. ¡Esto va a estallar, está peor que la otra vez y no salvamos por pura suerte!

La nave comenzó a hacer un ruido extraño, sospechoso, además del vibratorio.

Todos quedaron quietos, en suspenso, esperando el fin; La Scorpio semejaba ir a desgajarse cuando todos los baremos no sólo estaban en zona roja, sino al tope de las mismas

—Desintegrándonos a todos para demostrar lo arriesgado que es, no salvará a la humanidad —advirtió Andrea Novara

De pronto, la nave sufrió una sacudida, como encabritándose en el espacio. El chasis y el fuselaje no aguantaban durante tanto tiempo la máxima potencia de los motores atómicos.

Jacke, que se había levantado, cayó al suelo. Comprendió que si no detenía los motores, era el fin, y debido a las sacudidas no podía llegar a la palanca roja. Alzando la mano, empujó por las nalgas a Andrea Novara, que lanzó un grito y se agarró a la palanca.

Jacke le ordenó:

— ¡Tire fuerte!

CAPÍTULO V

La Scorpio-101 dejó de vibrar. Se produjo un intenso silencio. Todos se miraban entre sí, como comprobando que aún seguían vivos. De pronto, Sam Sunday estalló en una carcajada.

—¡Lo conseguimos, Jacke, lo conseguimos!

- ¡Xano!

—Sí, Jacke.

—¿Qué velocidad impulso tenemos?

—¡Por todos los diablos, cuatrocientas diez mil millas hora, es otro récord!

Andrea Novara seguía agarrada a la palanca que detuviera los motores atómicos. Las manos todavía le temblaban 5y también las piernas, que quedaban muy al alcance de la vista de Jacke Dean, que se levantaba del suelo.

- No vaya a poner en marcha nuevamente la nave. Andrea.

—Tiene usted una forma muy especial de comandar una nave espacial —observó molesta, al tiempo que soltaba la palanca.

—Si lo dice por el empujón, lo siento, no se me ha ocurrido otra cosa en ese momento. Después de todo, ha ido bien y si el fin es bueno, los medios también lo son.

—Una teoría que no es de mi agrado y le ruego que cuando vuelva a ponerme las manos encima, mire dónde y cómo lo hace.

—En cualquier lugar de su persona, siempre será magnífico. Andrea.

Ella dio un respingo y se alejó del puente.

—Confieso que creí que no salíamos de esto —suspiró Clemans.

—Capitán, hemos de salir de otras peores todavía. Yo no creo que los que están en la Luna se entreguen sin resistencia.

—Hay que pactar. Son las órdenes que hemos recibido.

—Yo no entiendo de pactos cuando la rendición es sin condiciones — gruñó Jacke Dean.

—Hemos de obedecer órdenes y no a nuestros propios impulsos, comandante Dean. No quisiera tener que recordárselo en un momento delicado.

—Hay momentos en que las órdenes dadas con anterioridad no sirven, y se ha de dejar llevar uno por su propia experiencia.

—No sea iluso, comandante. Hemos enviado potentísimos ingenios nucleares y ellos se han reído de nosotros, destruyéndolos. ¿Qué podría hacer usted con una nave que ni siquiera es bélica?

—Ignoro lo que podré hacer, pero si he de dar guerra, la daré. ¡Xano, Sunday! ¿Qué opináis?

—Estamos contigo, Jacke.

—Si se rebela contra las órdenes recibidas, me obligará a ponerme en contacto con el Consejo Mundial para solicitar su arresto.

—Si le veo acercarse al panel de telecomunicación, lo destruyo o lo pongo a usted de patitas en el espacio. Ahora será mejor que nos calmemos. Hemos pasado momentos de apuro.

Tal como había supuesto Jacke Dean desde un principio, se habían dividido en dos bandos. Uno lo formaban Andrea Novara con

el capitán Clemans y los sargentos Lester y Kamura. El otro grupo lo componían los aventureros Xano Sam Sunday y el propio Jacke Dean, quienes tenían una opinión muy distinta de la vida.

La velocidad de cuatrocientas diez mil millas se mantuvo durante una hora treinta minutos. Podían ver ya a la Luna aparecer ante su vista, captada gracias a los objetivos de la telecámaras.

Jacke Dean dijo:

—Voy a poner en marcha los retrocohetes laterales hasta conseguir girar la nave ciento ochenta grados. No teman, n<o va a pasar nada y sólo perderemos un mínimo de velocidad

—Trate de controlar la velocidad de su nave, comandanta Dean, no sea cosa que nos estrellemos contra la mismísima Luna, formando un cráter más de los millones que ya tiene —advirtió el capitán Clemans con ciertos deseos de herir

—Usted cuídese de sus cosas, capitán, que yo me ocuparé de manejar mi nave y puede sentirse orgulloso. Usted, junto con los demás que viajamos en la Scorpio somos los primeros en viajar por encima de las cuatrocientas mil millas hora

El viaje, a aquella fabulosa velocidad, iba a resultar corto.

La maniobra de girar la proa ciento ochenta grados en el espacio no ofreció ninguna dificultad. Aquella maniobra debería repetirse cuando estuvieran ya a una distancia prudencial de la Luna.

Jacke sabía que no podía orbitar el satélite natural de la Tierra y que debía descender directamente, lo que equivalía a correr el riesgo de ser atraídos por la Luna sin poder decelerar.

—Jacke, ¿dónde alunizaremos?

—Conozco bien la Luna, Sam, escogeremos un buen lugar —Los tipos que están en la Luna ignorarán quiénes somos, pero nos captarán, seguro. Incluso pueden tener armas de alcance medio para usar en nuestra contra —rezongó e capitán Clemans.

—Viéndonos llegar en la dirección opuesta a la Tierra, pueden pensar que no somos terrestres. Quizá se aseguren antes de atacarnos, es un albur que debemos correr.

—A mi me gustaría saber con qué clase de sujetos hemos de

vérnoslas — gruñó Xano.

—Seres inteligentes, pero ignoramos si humanos. Esperemos que alberguen dudas sobre nuestra identidad, ya que para ellos no venimos del planeta Tierra por el recorrido que hemos hecho y a tan elevada velocidad. Seguramente no esperan ser atacados por la cara no visible de la Luna.

- Pero, cuando alucinemos, les será fácil localizarnos.

A la observación de Sam Sunday, Jacke Dean replicó:

—No tan fácil, ya os he dicho que conozco un buen lugar para alunizar. Espero que no lo hayan ocupado ellos.

- Pondremos a la Luna en pantalla y veremos qué hay.

La Luna apareció oscura ante ellos. Jacke, manejando a control remoto el teleobjetivo, clarificó la imagen.

- Hay poca luz. No tenemos suerte, no hay reflexión solar.

—Es cierto, Sunday, se ve muy poco a simple vista. Veamos ahora qué tal con filtros de infrarrojos.

La imagen de la Luna cambió de color. Estaban escrutándola en aquellos instantes con el sensor de infrarrojos, y Xano exclamó:

—¡Atiza!

En el puente aparecieron Andrea y el capitán. Este último inquirió:

—¿Qué ocurre?

—Puede verlo usted mismo, capitán. Hay cinco potentísimos emisores de infrarrojos.

—Sí, ya veo las luces.

—Deben ser las naves de los atacantes alienígenas —opinó la mujer.

—Yo diría que esos puntos de tanto poder calorífico son los macromotores que han instalado en la Luna para empujarla hacia la Tierra, cambiando su órbita. Esos macromotores actúan como cohetes de empuje. En este momento deber estar aproximando la Luna unas

millas más a la Tierra. Supongo que, cuando lo consigan, detendrán los motores y harán una pausa, y así alternativamente.

—¿Cree que con esos cinco supuestos motores pueden empujar toda la masa lunar?

Ante la incredulidad manifestada por Andrea, Jacke respondió:

—Esos focos son muy potentes, seguramente instalados en cráteres lunares de tipo medio, cráteres ni siquiera nominados. Esos cohetes gigantes tendrán una potencia que, calculada la distancia que nos separa de la Luna, como no escojamos muy bien el punto de alunizaje, seremos desintegrados por los gigantescos chorros de energía que esos macromotores lanzan al espacio.

—¿Quiere decir que es como si uno de nosotros se situara tras los cohetes de la Scorpio en su momento de lanzamiento?

—Es una pregunta ingenua, pero válida, Andrea. Sí, imagínese eso, pero que los motores de la Scorpio fueran mil veces más potentes y usted unas cien veces más pequeña.

—¿Tan poderosos cree que son esos motores?

—Grandes, no lo sé, pero poderosos, sí.

— Los veo bien repartidos. ¿Cree que situarnos muy cerca de la cara visible para poder alunizar sin temor a desintegrarnos?

—No, tengo una idea mejor y hay que apresurarse. Nos acercamos cada vez más a la Luna, posiblemente esos seres, atentos a sus motores, no se percaten de nuestra presencia. Otra cosa será cuando detengan los motocohetes que mueven la Luna hacia la Tierra en pocos minutos, lo que por medios naturales tardaría millones de años.

Se produjo un tenso silencio. Todos miraban preocupados hacia la Luna.

Jacke Dean tecleó en la computadora de a bordo. El sabía ya lo que quería: el punto de alunizaje. La computadora le daría los resultados en cuanto hubiera girado nuevamente ciento ochenta grados y encendido los motores atómicos, utilizándolos a la inversa del impulso que les hacía navegar por el espacio a cuatrocientas mil millas hora. La potencia de los motores tenía que frenar aquella marcha en el mínimo trecho posible o chocarían contra el satélite.

—Atención a todos, ya estamos acercándonos peligrosamente a nuestro objetivo. Será mejor que cada cual ocupe la litera o butaca que le corresponda y se sujete bien. Voy a girar la nave ciento ochenta grados y encenderé los motores. La Scorpio va a vibrar. Trataré de hacer la deceleración lentamente, pero con la distancia que nos queda por recorrer, ello no será del todo posible.

—Esperemos no cruzar ningún foco calorífico de los macromotocohetes —observó el capitán Clemans—. Sería una pena que después de llegar hasta aquí nos chamuscara esa energía impulsora como podría ocurrirle a un pajarillo que se situara en la cola de una nave atómica, en el momento de ponerse ésta en marcha.

De nuevo, el giro salió perfecto. Jacke Dean puso en funcionamiento los motores de la Scorpio y la nave comenzó a vibrar. Eran dos fuerzas encontradas, la una pretendía anular a la otra.

Los motores iniciaron su acción de frenado y la nave tembló tal como había previsto Jacke Dean, mientras la computadora de a bordo, tras las preguntas formuladas oportunamente, marcaba un rumbo. Jacke colocó el automático y dijo en voz alta:

—Que Dios nos proteja. Sólo cabe esperar.

Y la Scorpio, ahora con los motores a toda potencia para ir frenando, empezó a descender las pocas miles de millas que le restaban mientras la Luna seguía aproximándose artificialmente a la Tierra para aniquilar a la humanidad de la forma más maquiavélica que nadie hubiera podido imaginar.

CAPÍTULO VII

El alunizaje se hizo en vertical y salió perfecto.

La nave quedó erecta en el fondo de un cráter de algo más de una milla de diámetro.

Aquel cráter había sido limpiado por poderosas excavadoras y aplanadoras, ya que se había convertido en zona minera para los terrestres.

—Bien, ya estamos en la Luna y todavía vivos —suspiro Jacke Dean. Fue el primero en hablar, tras liberarse de lo atalajes de sujeción a la butaca anatómica.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó el capitán Clemans.

Jacke Dean comenzó a responder cuando Andrea llegaba al puente.

—Nos hallamos en una mina de zafiros. El cráter es lo suficientemente profundo como para que no asome la proa de nuestra nave por encima de sus bordes externos, de modo que si no nos han localizado, les va a costar un poco hacerlo

—¿Por qué ha escogido este lugar?

Jacke miró a Andrea. Sus mejillas estaban fuertemente sonrosadas a causa de la tensión sufrida.

—Porque aquí hay galerías en las rocas en las que nos podemos esconder si nos atacan. Se suponía que debía existí una colonia minera, pronto sabremos qué ha sido de los hombres que trabajaban en la Luna como simples mineros partículares o los servidores militares de las colonias establecidas

—Parece que usted quiere encaminar la investigación por otros derroteros, comandante Dean —protestó la joven—. Hay que buscar a esos seres e intentar pactar con ellos.

—Está muy ansiosa por encontrarlos. Cuando tal cosa suceda, quizá se le pasen las ganas. Lo ignoramos todo acerca de ellos.

—¿Usamos la radio para llamar a alguien que pueda haber? —preguntó el capitán Clemans.

—No, es mejor pasar desapercibidos.

—Comandante Dean, usted ya ha cumplido la misión de traernos a la Luna, ahora ya no es el comandante —recordó Andrea Novara, ansiosa de puntualizar la situación.

—Dentro de mi nave seré el comandante. Si no quiere objeciones y órdenes, salga fuera. Yo haré lo propio, porque me interesa saber qué tal está todo por ahí abajo. Yo tenía amigos en esta mina de zafiros.

—¿Aventureros del espacio como usted, comandante? —Andrea no ocultaba el antagonismo que existía por Jacke Dean, quizá porque hallándose acostumbrada a dominar, se rebelaba ante aquel hombre que la miraba como a una mujer y que a la vez, no se dejaba someter —. Considero que el Consejo Mundial debiera habérselo pensado dos veces antes de enviar a esta misión a unos aventureros.

—Gracias a estos aventureros como usted dice, estamos todos aquí, porque antes que la Scorpio lo han intentado otras naves y se han desintegrado en la atmósfera terrestre. Nosotros hemos llegado a la Luna.

—Creo que el comandante Dean jamás podría ser un buen militar —observó despreciativo el capitán Clemans, totalmente al lado de Andrea Novara.

—Por supuesto que no. Ya solicité mi dimisión cuando lo fui en el pasado. No sería buen militar, pero sí un buen guerrillero, y a los seres que hay fuera, que son más fuertes que nosotros, hay que atacarlos con guerrillas, un sistema tan antiguo como el hombre mismo, pero que siempre ha dado buenos resultados. No, no sería un buen militar, es decir, carne de cañón cuando me ordenaran seguir adelante. Prefiero moverme por mí mismo, conocer mis propias posibilidades y decidir sobre ellas. Para mí es importante que la vida dependa de uno mismo y no de los demás, por eso soy un aventurero del espacio.

—Y yo —dijo Xano.

—Y yo —añadió Sam Sunday.

—Bien, voy a salir —dijo Dean—. Las telecomunicaciones, por el momento, quedan totalmente clausuradas.

—Yo también saldré. Debo buscar a esos seres para establecer diálogo.

—Yo la acompaño —indicó el capitán Clemans.

—No, usted, no —corrigió la propia Andrea—. Se quedará en la nave y será mi enlace. Si se hace necesario, pondré en marcha las traductoras.

—Capitán, ya lo ha oído, usted se quedará en la nave —Dean miró al negro y al mexicano, añadiendo—: Quedaos al mando de la Scorpio. Si reviento fuera, tratad de regresar a la Tierra.

—*O.K.,* jefe —asintieron ambos.

—Un sargento la acompañará como protección —dijo el capitán Clemans.

—Está bien, que sea Kamura mismo —aceptó la mujer.

Jacke Dean se alejó en busca de su traje de supervivencia espacial. Se vistió con rapidez, comprobando que el suministro de oxígeno era perfecto y que la micropila atómica que proporcionaba energía a su regulador de temperatura y transmisor-emisor estaba al máximo de potencia.

Después, se ciñó el cinturón con una pistola, un pequeño piolet, un cuchillo y sujetó también una cuerda a su mochila. Acopló a su

casco una linterna que funcionaría a voluntad y observó que el sargento Kamura también se armaba.

—Veo que usted tampoco se fía demasiado de las dotes de interpretación de la señorita Novara.

—Cumplo órdenes del capitán Clemans. Si quiere que le diga la verdad, yo no creo que salgamos de ésta. Oí una conversación y…

—¿Y qué, sargento Kamura?

—Pues que ni los mismos que ordenaron ajustar la nave apostaban unos centavos por nosotros, pero como abajo ya se daban todos, por muertos, ¿qué importaba que unos locos viajaran rumbo a la Luna?

—Sí, Kamura, yo también pienso que no confían demasiado en nosotros. Quizá si comprueban que la nave ha logrado llegar a la Luna sin ser destruida, lo que es fácil de averiguar mediante los sensores Tierra-espacio, comenzarán a trabajar para organizar un batallón aéreo de naves con las características de la Scorpio, bien armadas para atacar la Luna.

—Lo que usted dice, comandante, tiene sentido —asintió el oriental—. Un batallón de naves espaciales para atacar a los invasores situados en la Luna, lo que no quiere decir que tuvieran éxito. Por cierto, no le diga a la señorita Novara lo que pienso. Ella se toma muy en serio eso de hablar con los alienígenas.

Andrea Novara apareció también con su traje de supervivencia que tenía un color amarillo vivo, estudiado sin embargo, para la reflexión de los rayos cósmicos sin filtrar que incidieran sobre él.

—Van ustedes muy armados — observó, molesta.

—Será porque los que están aquí sólo han matado a unos cuantos millones de terrestres con el empuje de la Luna sobre la Tierra, ocasionando las tempestades que han causado tanta destrucción.

—Esos seres, posiblemente, ni siquiera sepan el daño que nos están produciendo —objetó Andrea, apresurándose a agregar—: Da lo mismo, espero que no cometan ninguna torpeza que impida un diálogo, un encuentro pacífico.

—Sólo llevo el fusil para caso de emergencia —observó el

sargento Kamura— y obedezco órdenes del capitán Clemans.

—Cuelgue el fusil en bandolera y cargue con la descifradora manual.

— Bien, señorita Novara.

—Yo voy a salir, les aguardo fuera.

Jacke Dean esperó y al fin, tras la descompresión de la cámara, se abrió la escotilla especial para aterrizajes en vertical. Hacia el exterior asomó la polea de una grúa automática con una cesta metálica a la que subieron los tres. Por control remoto, Jacke Dean hizo que la cesta comenzara ; bajar.

Cuando enmudeció el leve silbido del motor que les había descendido junto al costado de la nave, el silencio exterior impresionaba. Tenían dispositivos para escuchar directamente a través de sus cascos, de esta forma podrían hablar sin utilizar sistemas de ondas, evitando ser captados por quienes controlaban la Luna.

- Los faros están apagados —observó el sargento Kamura
- Sí, y la puerta de la mina está cerrada. No hay nada que señale vida aquí.

—¿Qué hacemos? Hay que encontrar a los alienígena — pidió Andrea.

—Voy a ver primero cómo está todo detrás de esa puerta —dijo Jacke terminante, encaminando sus pasos hacia la mina que tenía una gran puerta de unos treinta pies de altura. La abrió sin dificultad.

A la derecha de la entrada estaban las hábitats de los mineros con todas sus comodidades mínimas.

Súbitamente, Andrea lanzó un grito de espanto.

Jacke preparó su fusil láser. La luz de su linterna iluminó de lleno un cuerpo tendido en el suelo. Era un hombre me dio quemado.

- Salga fuera, si no puede aguantar verlo.
- No, sólo ha sido la primera impresión —denegó la joven. respirando hondo y controlando sus nervios.
- Hace ya tiempo que está muerto, meses.
- Por lo visto, le han atacado con una especie de láser —opinó el sargento Kamura.

—Sí, eso parece. Debió morir en el acto, ahora veremos si hay más adentro.

Todo el interior de las hábitats mineros estaban destrozados y varios cadáveres aparecieron ante sus ojos. Los sistemas de climatización artificial estaban rotos y no había atmósfera respirable, atmósfera que sí debía haber existido cuando los mineros fueron atacados, ya que éstos carecían del traje espacial.

—¿Qué opina, Dean? — preguntó el sargento.

—Que quienes estuvieron aquí no son precisamente unos ángeles.

—¿Quiere decir que los que controlan la Luna matan de esta forma?

—Vamos, Andrea, no sea ingenua. Si nos descubren, nos sucederá a nosotros lo mismo —gruñó Jacke, inclinándose sobre uno de los cadáveres que tenía el rostro desencajado por el rictus de la muerte.

—¿Era su amigo, Dean?

—Sí, sargento, era mi amigo. Ahora ya sólo son unos restos humanos y me gustaría saber quiénes son y cómo son los atacantes. Hay que devolverles esto.

—No vaya a emplear la ley del talión, Dean —protestó la mujer —. Si los atacan nada más los veamos, no habrá diálogo.

—Y si no hay diálogo, usted no podrá lucirse, ¿verdad?

—¡No le tolero…!

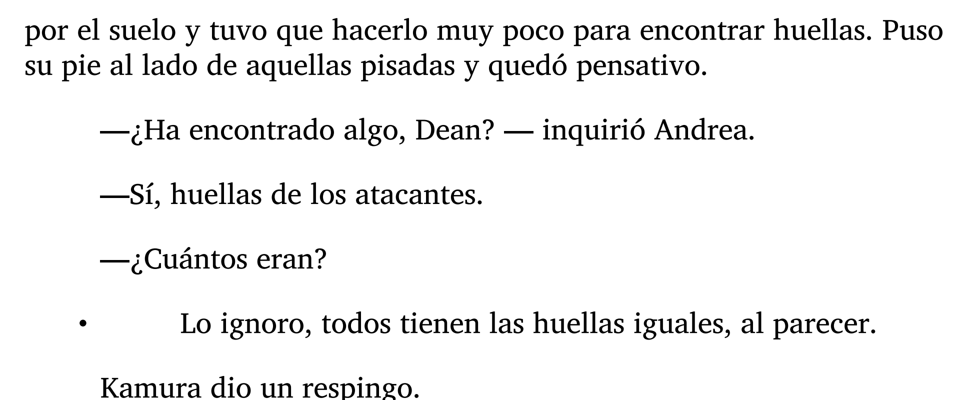
—Antes de no tolerarme nada, fíjese mejor en estos hombres que estaban trabajando pacíficamente en esta mina de zafiros. Están todos muertos, y el ataque ha debido ser masivo, cuando no pudieron defenderse, porque no veo ni rastro de un solo atacante muerto.

Kamura opinó:

—De lo que tampoco hay duda es que son muy fuertes.

—Podríamos observar las huellas exteriores con detenimiento.

Jacke saltó del hábitat, todavía dentro de la gran galería. Buscó



por el suelo y tuvo que hacerlo muy poco para encontrar huellas. Puso su pie al lado de aquellas pisadas y quedó pensativo.

—¿Ha encontrado algo, Dean? — inquirió Andrea.

—Sí, huellas de los atacantes.

—¿Cuántos eran?

• Lo ignoro, todos tienen las huellas iguales, al parecer.

Kamura dio un respingo.

• Diablos, esa huella es casi el doble de la suya. Dean, y mucho más honda.

—Usted lo ha dicho, sargento, más grandes y más pesadas. Los seres que han dejado este rastro tienen un equivalente a, por lo menos, tres veces mi peso. No sé si son muy pesados y bajos o muy proporcionados según nuestra idea de la armonía, lo que equivaldría a que son altos.

—¿Está seguro, tres veces más grandes?

—No tengo un medidor a mano, pero a simple vista diría que sí.

El sargento corroboró:

—Opino lo mismo.

—¿Serán gigantes?

—Cuando los veamos, lo sabremos, de momento conocemos su peso aproximado y también su poder destructivo. La verdad es que los mineros no podían esperar aquí en la Luna, un astro muerto, ningún ataque y por ello los sorprendieron.

—Creo que a nosotros no nos pillarán desprevenidos —dijo el sargento con convencimiento.

—Allá, al fondo, parece que hay un tractor —dijo Jacke.

Se dirigió hacia el vehículo, adaptado para rodar por el abrupto terreno lunar. Se acomodó frente al volante tras comprobar que no había sido dañado y accionó el contacto. Se encendió el panel de mandos y la mirada de Jacke se clavó en el indicador de la pila atómica.

—¿Está bien, Dean? — preguntó el sargento.

—Sí, la potencia es fuerte. Creo que podemos usarlo para salir de la zona minera.

—Eso sí me parece una buena idea —aceptó Andrea.

Montados en el tractor lunar, abandonaron la mina y desde allí, utilizando el sistema de telecomunicación láser, que no podía ser captado más que por la propia nave, Andrea Novara se puso en contacto con el capitán Clemans.

—¡Capitán, capitán, aquí Novara!

—La oigo perfectamente. Vemos que están con un tractor lunar.

—Exactamente. Hay huellas de otros seres, todos los mineros están muertos.

—¿.Regresan a bordo?

—No, vamos a rastrear las huellas. Aguarden en la nave. El comandante Dean desea seguir el rastro de los alienígenas y yo tengo que ponerme en contacto con ellos a toda costa.

—Entendido, corto.

El tractor prosiguió su avance, y utilizando una pendiente excavada en la pared del cráter consiguieron salir de ésta, viendo la Scorpio-101 desde lo alto.

—Ahí hay huellas de un vehículo pesado —dijo Jacke Dean.

—Eso está bien, sólo tendremos que seguirlas. Están lo bastante claras como para no perderlas.

- Las seguiremos, pero con cierta cautela. Si nos topamos con ellos, creo que el diálogo será una utopía.

—Eso está por demostrar —objetó Andrea Novara, siempre altiva y orgullosa.

Jacke la observó de reojo. La belleza femenina no podía traslucirse en aquel grueso traje que combinaba varias capas de protección contra el hostil medio exterior, pero el hombre sabía que era bella y tenía que reconocer que también valiente dentro de su ingenuidad.

Jacke se iba fijando en el terreno para el regreso. El tractor lunar no llevaba computadora para memorizar el recorrido y facilitarles la vuelta con posterioridad.

Aunque con dificultades, el tractor lunar rebasaba promontorios siguiendo las huellas dejadas por los alienígenas.

Kamura observó:

—No podemos alejarnos más de tres o cuatro horas. Tenemos que contar el regreso y no llevamos víveres.

- No sé hasta dónde llegaremos, depende de lo que encontremos.

El tractor lunar, puesto al máximo y conducido por Jacke Dean, adquirió una velocidad bastante apreciable.

—¿No oyen ese fuerte rumor?

A la pregunta de Jacke, Andrea y Kamura asintieron.

—Creo que nos acercamos a uno de los grandes motocohetes que empujan la Luna hacia la Tierra.

El ruido se hacía insistente y más agudo. Jacke Dean opinó:

- A juzgar por la situación de nuestro alunizaje, debe corresponder al motocohete central, quizá el más poderoso de los cinco.

—En ese caso, estará custodiado —dijo el sargento.

—Sí, y ya que no podemos estar lejos, esconderemos el tractor entre rocas o en alguna gruta y continuaremos a pie. Siempre tenemos más posibilidades de pasar inadvertidos.

Andrea Novara no pareció conformarse con aquella decisión.

—Creo que no se ha dado cuenta de que en la Scorpio sí es el comandante, pero aquí abajo no. Nosotros seguiremos en el tractor lunar.

—¿De veras están dispuestos a que los achicharren esos seres cuando los encuentren?

- No nos achicharrará nadie. Debemos establecer contacto y

escondiéndonos no lo lograremos. Además, desconfiarían de nosotros.

—¿Usted qué opina, sargento?

Novara se apresuró a atajar cualquier respuesta del sargento oriental.

- Un militar no opina, cumple con su deber.
- Lo siento, sargento. Nunca ha sido bueno estar bajo el dominio de una mujer — ironizó Jacke Dean.

La expresión de Kamura, dentro del casco de supervivencia, fue resignado.

Andrea Novara, según los acontecimientos, se había constituido en su jefe directo. La misión, básicamente, estribaba en tomar contacto con los atacantes e intentar dialogar con ellos.

Andrea había sido la elegida para el contacto por su erudición jeroglífica y criptográfica, así como sus conocimientos idiomáticos en general. Por si fuera poco, ocupaba el cargo idóneo para aquella misión.

Jacke frenó el tractor y saltó al suelo.

- Es todo de ustedes —dijo.

—Si se separa del tractor se perderá y puede morir aunque sea de inanición —observó la mujer.

—No se preocupe por mí, sé cuidarme solo, no me hace falta niñera. Estoy algo crecidito y me considero un hombre fuerte.

Jacke Dean se alejó, saltando gracias a la escasa gravedad lunar. Su entrenamiento era perfecto y no vacilaba.

Lo vieron marcharse y la fémina comentó molesta:

—Es un loco fanfarrón.

—Creo que es un sujeto muy apto para la supervivencia. En el tiempo del Far West, podía haber estado en un saloon como jugador o gun-man, pero en cualquier guerra, su labor habría sido altamente apreciada. No es militar ni un hombre que obedezca con facilidad, pero mandando un comando haría daño.

—¿Un guerrillero?

Antes de responder, Kamura se sentó frente al volante.

—Sí, puede que eso sea ahora, un guerrillero del espacio.

- Haga funcionar este armatoste, sargento. Creo que ya hemos hablado demasiado del comandante Dean.

—Como usted ordene, pero tendremos que ir con cuidado. Es posible que aumente la temperatura.

—¿Por qué?

- Me refiero alrededor del lugar donde está ubicado el motocohete.
- Bien, sargento, si ve que aumenta la temperatura ya retrocederemos, pero por el momento podemos seguir las huellas del vehículo que nos ha precedido. Su rastro está muy claro.
- Pues, adelante, señorita Novara. A ver si encontramos cuanto antes a esos gigantes y salimos de dudas.

Siguieron ganando terreno. A Jacke Dean no se le veía por ninguna parte, parecía haberse disuelto en el vacío.

—Señorita Novara, allí delante...

—Sí, ya veo, sale una gran luz. Debe ser el lugar donde está enclavado el motocohete y parece que debe ser muy grande.

- No. señorita, me refiero a aquella rocas.
- No veo nada.

El tractor lunar dio unos tumbos a causa de lo abrupto del terreno y la propia fémina tuvo que agarrarse para no caer.

—Creo que hay alguien entre las rocas.

—¿Son los extraterrestres?

- ¡Son dos y fíjese, parecen robots!
- ¿Robots? ¿Y cómo les haremos señales?
- ¡Salte en seguida, salte!

El sargento Kamura brincó del vehículo y Andrea Novara le imitó, desconcertada cuando dos rayos que semejaban brotar de un

ojo artificial que tenían los robots en su supuesta cabeza, coincidieron en el tractor.

La potencia de los rayos fue grande, ya que el vehículo se fundió materialmente ante los ojos sorprendidos de los terrestres.

- ¡Escóndase, señorita, vienen hacia nosotros!
- ¡No, tengo que hacerles señales!
- ¡Los robots no entienden más señales que las que tienen programadas! —gritó Kamura.

Al cambiar de roca para ir en auxilio de Andrea, resultó alcanzado por el rayo letífero.

La joven le oyó gritar, apenas fue un segundo, aunque suficiente para aterrarla.

El cuerpo carbonizado del sargento se desplomó sin vida y los robots avanzaron hacia ella.

Sintió un pánico intenso al verse atacada por los destructivos ingenios contra los cuales nada podía, ya que no eran capaces de pensar ni razonar humanamente.

El fusil láser de Kamura había quedado cerca de ella, tras unas pequeñas rocas y, muerta de miedo, se arrastró hacia él.

Lo tomó con manos temblorosas, asomándolo por encima de las rocas y disparó contra ellos. Les acertó de lleno, pero se produjo una gran luminosidad al rebotar el láser contra sus cuerpos metálicos.

No les hizo absolutamente nada, y los robots dispararon a su vez sus letíferos rayos contra Andrea, cuando ésta se dejaba caer hacia atrás. Le pasaron por encima, fundiendo unas rocas a escasa distancia de su cabeza.

Quedó llena de pavor al comprender que estaba indefensa contra ellos y que los robots se acercaban para destruirla, ya que ésa debía ser la programación prefijada en sus circuitos. Sin saber por qué, pensó en Jacke Dean, guerrillero del espacio.

CAPÍTULO VIII

Los robots la descubrieron tras las rocas y enfocaron sus ojos mortíferos hacia ella.

La mujer miró con terror a aquellos seres electromecánicos de gran resistencia y poder, incapaces de comprender nada ni de sentir piedad.

Jacke Dean apareció sobre una roca. Andrea lo vio por encima de los robots, quiso gritar, pero el sonido no brotó de su garganta.

Jacke Dean disparó su fusil láser sobre los robots, pero no contra sus sólidos cuerpos, sino contra las pequeñas y variadas antenas y sensores que brotaban de sus supuestas cabezas.

El rayo destruyó lo que Dean pretendía, y los robots quedaron enteros, pero totalmente descontrolados. Uno de ellas comenzó a girar sobre sí mismo, y el otro a encender luces y emitir sonidos. Después salió humo del interior de su cuerpo y por último, estalló, destrozándose.

Jacke, saltando gracias al sexto de gravedad, se acercó a Andrea.

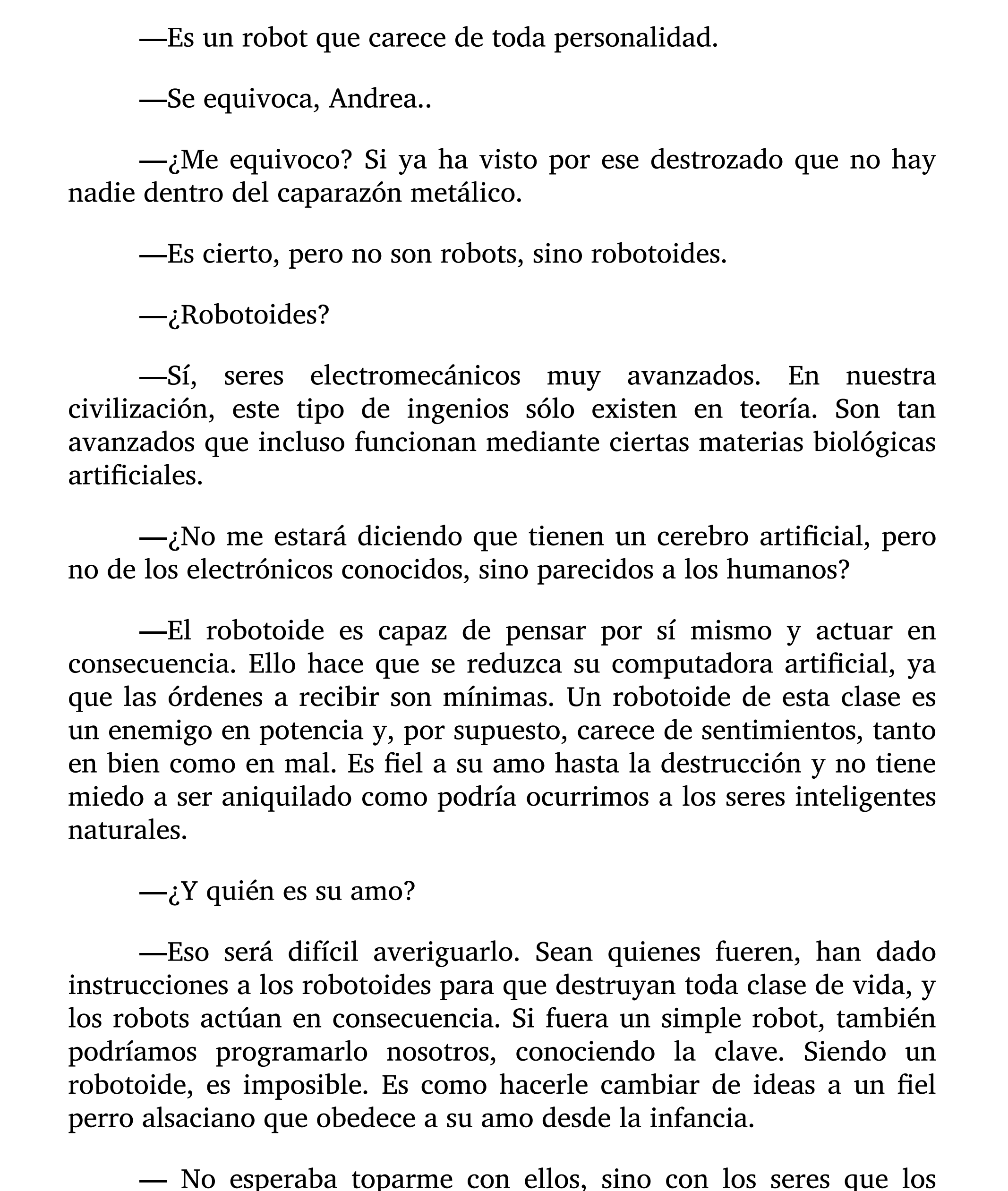
El robot que había quedado entero continuaba dando vueltas.

—Dean, han asesinado al sargento Kamura.

—Tienen orden de destruir todo lo vivo que encuentren —respondió Jacke.

—¿Y ese robot? Puede ser peligroso.

—Está descontrolado, no es peligroso, pero me gustaría saber



qué ideas tiene en sus tripas electrónicas.

—Es un robot que carece de toda personalidad.

—Se equivoca, Andrea..

—¿Me equivoco? Si ya ha visto por ese destrozado que no hay nadie dentro del caparazón metálico.

—Es cierto, pero no son robots, sino robotoides.

—¿Robotoides?

—Sí, seres electromecánicos muy avanzados. En nuestra civilización, este tipo de ingenios sólo existen en teoría. Son tan avanzados que incluso funcionan mediante ciertas materias biológicas artificiales.

—¿No me estará diciendo que tienen un cerebro artificial, pero no de los electrónicos conocidos, sino parecidos a los humanos?

—El robotoide es capaz de pensar por sí mismo y actuar en consecuencia. Ello hace que se reduzca su computadora artificial, ya que las órdenes a recibir son mínimas. Un robotoide de esta clase es un enemigo en potencia y, por supuesto, carece de sentimientos, tanto en bien como en mal. Es fiel a su amo hasta la destrucción y no tiene miedo a ser aniquilado como podría ocurrimos a los seres inteligentes naturales.

—¿Y quién es su amo?

—Eso será difícil averiguarlo. Sean quienes fueren, han dado instrucciones a los robotoides para que destruyan toda clase de vida, y los robots actúan en consecuencia. Si fuera un simple robot, también podríamos programarlo nosotros, conociendo la clave. Siendo un robotoide, es imposible. Es como hacerle cambiar de ideas a un fiel perro alsaciano que obedece a su amo desde la infancia.

— No esperaba toparme con ellos, sino con los seres que los mandan.

—Quizá los seres que los gobiernan no anden por aquí. Atención...

—¿Qué ocurre ahora?

—El motocohete gigante se ha detenido. Fíjese, su luz se hace

menos intensa.

—¿Quiere decir que han detenido el avance de la Luna hacia la Tierra?

—Sí, por el momento. Deben tener control remoto. Parece que no desean destruir la Tierra de golpe, de una sola vez, su plan es otro.

—¿Cuál?

—Tengo mis propias ideas, pero la verdad sólo la sabremos cuando encontremos a esos seres, si es que lo conseguimos.

Tras aquellas palabras, Jacke Dean propinó una fuerte patada al robotoide que seguía girando sobre sí mismo y éste se vino al suelo, chocando con pequeñas rocas. Poco después, reventaba como su gemelo, ya que ambos no se diferenciaban en absoluto.

—Ya están destruidos —suspiró la joven rubia.

- Y el sargento Kamura muerto y el tractor perdido.
- Regresemos a la nave.
- No, Andrea, aún no. Nuestros equipos de supervivencia sirven para varias horas y es posible que haya más robotoides de este tipo por aquí. Quiero acercarme para observar mejor el motocohete.

—¿Piensa destruirlo?

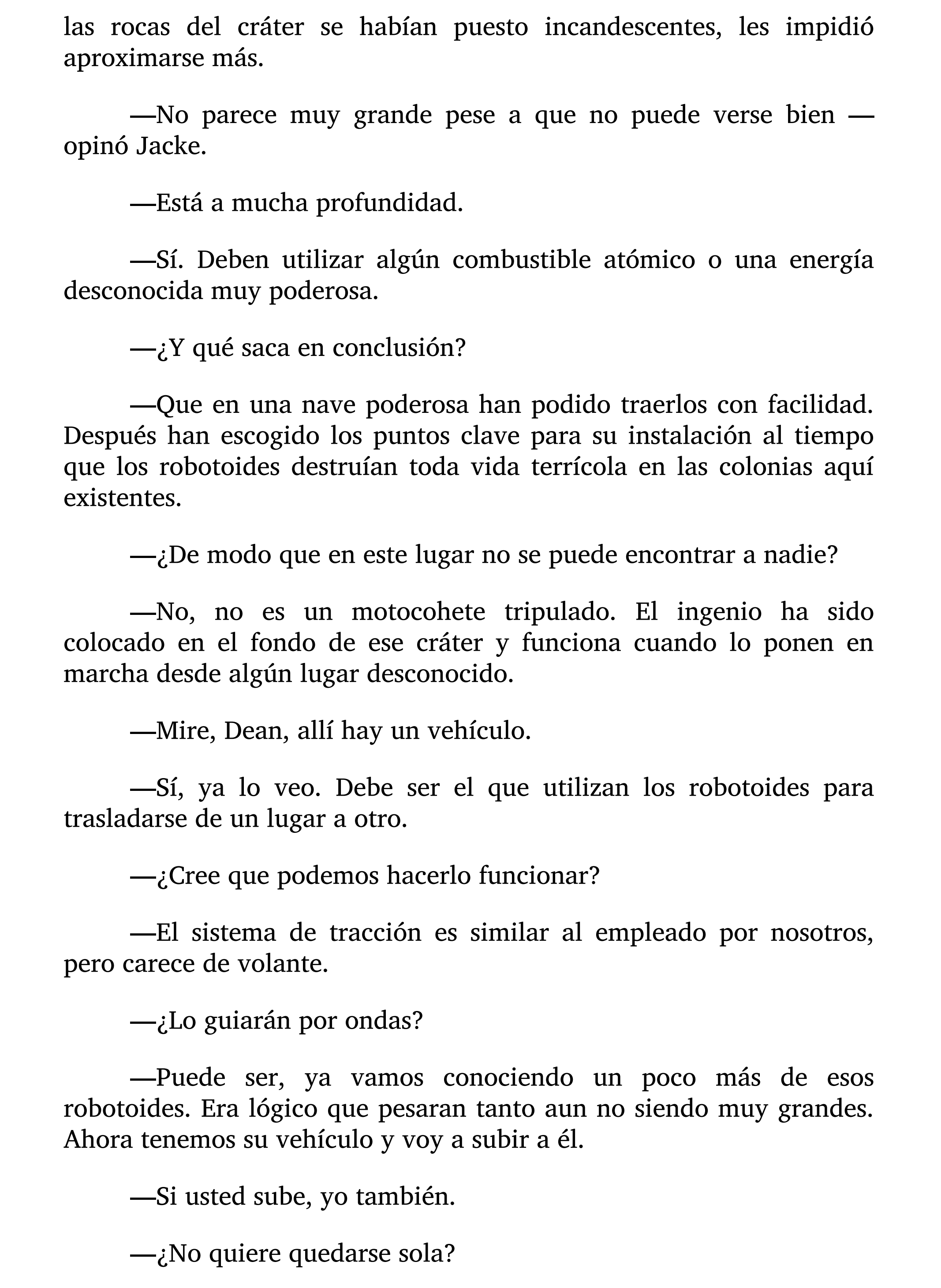
- No, eso está muy lejos de mi pensamiento. Si lo destruyéramos, la Luna no podría ser devuelta a su órbita normal, cesando así las tormentas y mareas que destrozan la superficie de nuestro planeta.
- Nosotros no podemos poner en funcionamiento ese motocohete.
- Nosotros no, pero quien lo controla, sí, y debemos hallarlo.

—¿Dónde?

- De momento, busquemos el vehículo de los robotoides.

Avanzaron siguiendo las huellas dejadas por el vehículo invasor.

Llegaron cerca del cráter en cuyo interior habían colocado el motocohete, ahora apagado, pero el exceso de calor allí reinante, pues


las rocas del cráter se habían puesto incandescentes, les impidió aproximarse más.

—No parece muy grande pese a que no puede verse bien —opinó Jacke.

—Está a mucha profundidad.

—Sí. Deben utilizar algún combustible atómico o una energía desconocida muy poderosa.

—¿Y qué saca en conclusión?

—Que en una nave poderosa han podido traerlos con facilidad. Después han escogido los puntos clave para su instalación al tiempo que los robotoides destruían toda vida terrícola en las colonias aquí existentes.

—¿De modo que en este lugar no se puede encontrar a nadie?

—No, no es un motocohete tripulado. El ingenio ha sido colocado en el fondo de ese cráter y funciona cuando lo ponen en marcha desde algún lugar desconocido.

—Mire, Dean, allí hay un vehículo.

—Sí, ya lo veo. Debe ser el que utilizan los robotoides para trasladarse de un lugar a otro.

—¿Cree que podemos hacerlo funcionar?

—El sistema de tracción es similar al empleado por nosotros, pero carece de volante.

—¿Lo guiarán por ondas?

—Puede ser, ya vamos conociendo un poco más de esos robotoides. Era lógico que pesaran tanto aun no siendo muy grandes. Ahora tenemos su vehículo y voy a subir a él.

—Si usted sube, yo también.

—¿No quiere quedarse sola?

—No.

—Está bien, suba. Si revienta uno, que lo haga el otro también.

Jacke estiró su mano, y empujándola por las bien redondeadas nalgas, cosa que no podía apreciarse por el traje, le ayudó a subir al vehículo.

Andrea quiso protestar pero se abstuvo. Recordó que en el momento de máximo peligro había pensado en Jacke Dean y éste había aparecido salvándola de una muerte de la que había sido víctima el sargento Kamura, cuyos restos habían dejado tendidos sobre el suelo lunar, ya que no podían sepultarlos por carecer de útiles apropiados.

—Bien, ya estamos sentados. Ahora hay que poner esto en marcha.

—Sólo hay tres pulsadores y un baremo.

—Sí, y el aparato carece de luces, tendremos que probar a la buena suerte. ¿Cuál es el botón que le da más rabia Andrea?

—¿En esa forma va a escoger?

—¿Y qué importa la forma, si no tenemos ningún conocimiento? Este artefacto es totalmente desconocido para nosotros y fabricado en un mundo todavía más ignorado. Ni sabemos cómo va a reaccionar en cuanto apretemos un botón —Está bien. Pulse el primero de la derecha.

Jacke lo oprimió con decisión y la extraña máquina se puso en funcionamiento, produciendo un ligero silbido. Acto seguido, comenzó a avanzar cada vez más rápidamente —¡Jacke, nos vamos a estrellar!

—Vaya, es la primera vez que me llama por mi nombre de pila —observó el hombre. Andrea le agarraba frenéticamente por el brazo para que no se cayera del vehículo —¡No repare en tonterías y mire, vamos directos a la roca: —Descuide, no vamos a chocar, pese a que este traste corre lo suyo.

—¿Y cómo sabe que no vamos a chocar? —inquirió preocupada, mirando la gran roca hacia la que se dirigían—Porque ya ha sorteado otras rocas más pequeñas. Debí llevar sensores que impiden que el vehículo se estrelle.

Tal como había observado Dean, el artefacto esquivó la gran roca. Andrea respiró profundamente.

—Pero, se está alejando. ¿No podemos controlarlo?

—Creo que no nos hace falta controlarlo, por el momento. Parece que monta sobre otras huellas, aunque no se ven muy bien, la luz es muy escasa.

Jacke enfocaba la linterna de su casco hacia delante, —¿Quiere decir que el vehículo tiene alguna ruta programada?

—Sí, eso creo. Sin embargo, probaré con el otro mando

Pulsó el primer botón de la izquierda y el vehículo se detuvo.

Andrea respiró más tranquila el aire de su equipo de supervivencia.

—Por lo menos, sabemos cómo frenarlo —suspiró.

—Ahora veremos el tercer botón.

Jacke pulsó el tercer botón y los motores se pusieron en marcha, pero el vehículo continuaba inmóvil.

—Ya veo, este botón es para que los robotoides lo guíen a su voluntad.

—Pero nosotros no podemos conducirlo —observó Andrea.

—Por eso nos dejaremos llevar. Primero pulso el botón de «parado» y luego el de la derecha.

El ingenio reanudó su marcha, guiado por su propia memoria.

—¿Y adonde nos conducirá?

—Sin duda alguna, a la base de los robotoides o de sus amos.

—Cuando nos descubran, nos matarán.

—¿Ya empieza a dudar de la buena voluntad de los seres que se hallan en la Luna? —preguntó con sarcasmo.

El vehículo avanzó y avanzó. Jacke no quiso decirle a Andrea que ya no tenían forma material de regresar a la Scorpio-101. Se habían alejado demasiado, y aquel artefacto era incontrolable, avanzaba automáticamente sin que ellos intervinieran para nada.

—Si pudiéramos encontrar a los amos de los robotoides para hacerles comprender… —se lamentó la mujer.

—Esos seres, si es que están en la Luna, usan a los robotoides para protegerse y realizar los trabajos más duros. A los robotoides no les afecta en absoluto la falta de atmósfera, no tienen que comer ni beber y, por cierto, nosotros pronto tendremos hambre.

—Sí, es verdad, pero como no regresemos a la nave no tenemos nada que comer.

—La nave está muy lejos ahora y este vehículo sólo nos conducirá al lugar donde se reúnen los demás.

—Mire, Jacke, entramos en la zona iluminada por el Sol

—Sí, en la cara visible desde la Tierra.

—Allí abajo comienza a verse la Tierra.

La Tierra, con su atmósfera ahora densísima, repleta d vapor de agua, no recibía un solo rayo de sol directamente, sólo tamizados por los nubarrones.

Se fueron alejando a fuerte velocidad de la cara oculta de la Luna, internándose más y más en la cara visible.

El vehículo extraterrestre los transportaba como si ello fueran los robotoides regresando a su base, donde quizá habría muchos más y posiblemente sus amos.

CAPÍTULO IX

—Jacke, ¿qué es aquello?

- Ruinas.

—¿Ruinas de qué?

Jacke Dean, con el ceño fruncido, explicó:

—Son los restos de lo que fue la colonia Centro base lunar. —¿Y está toda destruida?

—Eso parece.

—Creo que había mucha gente en ella.

- Más de un millar de hombres trabajando en el control lunar y los servicios de telecomunicación.

—Dios mío, cuánta muerte.

- Han sido los robotoides. Hacia allá hay huellas de vehículos como éste en el que vamos montados.

—¿Cuántos habrán?

—No lo sé, varios al parecer y son muy peligrosos. En cambio, los hombres de la base lunar no estaban armados. Sabían que la Luna era un satélite muerto y que no tenían que defenderse, pese a que fueron varios quienes advirtieron que el peligro podía llegar de otros mundos.

—Y así ha sido.

—Si quieres permanecer en el vehículo mientras voy a examinar la base más de cerca...

—No, no me quedo sola, voy contigo.

—Eso está bien, hasta el tratamiento fuera. Creo que el riesgo une a las personas.

Andrea no objetó nada al comentario, pero sí preguntó:

—¿Cómo vamos a ir? El vehículo no obedece, sólo signe la ruta programada.

—Lo detendremos.

Jacke Dean pulsó el botón de frenado y el artefacto se paró. Saltó al suelo y la joven hizo lo propio.

—¿Piensas que puedes encontrar a alguien vivo todavía?

- No lo creo, pero siempre hay que dar un vistazo

Avanzaron a pie hacia lo que constituyera la base lunar con su astrodromo, en el que habían naves destruidas. Ni una sola de ellas estaba entera.

—Fíjate, Jacke, están como fundidas.

—Sí, igual que el tractor lunar. El poder de esos robotoides es muy grande y nosotros debemos andar con cautela, Ignoramos si pueden atacarnos nuevamente.

Pasaron por el astrodromo en el que había sólo ruinas, Después, se dirigieron a la base propiamente dicha, enclavada en el interior de un cráter aprovechando la verticalidad de sus paredes.

Se le había colocado un casquete de acero protector y creado atmósfera artificial, pero todo el techo había sido fundido y, por consiguiente, la atmósfera artificial se había escapado.

• Parece que no queda nada —se lamentó Andrea.

—Quiero descender a ella.

—¿Sigues con la esperanza de encontrar algo vivo?

—No sé, quizá todo abajo no esté destruido. Además, habrá víveres y yo, por lo menos, tengo mucha hambre.

Dentro de su casco, Andrea sonrió y dijo a su ver

—Yo también la tengo.

Utilizando una de las tres puertas que tenía la base se internaron en ella, pasando a la gran sala de recepción que se hallaba bajo el techo perforado, fundido por los potente rayos de los extraterrestres.

—Es horroroso.

Aparecían cadáveres por el suelo, otros sentados en butacas. En el bar, dos camareros se habían derrumbado sobre el mostrador. Todo allí era muerte, desolación.

—Las puertas de los elevadores también están fundidas. Bajaremos por las escaleras normales.

—Como tú digas.

—Esto marcha, Andrea. Te vuelves cada vez más sumisa, quizá vas entendiendo que esto no es un juego.

Descendieron por la escalinata amplia y circular que bajaba a las entrañas del cráter que constituía la colonia.

—¡Mira. Jacke, hay energía eléctrica!

—Es cierto, las luces están encendidas. Quizá no destruyeron la pila atómica que, situada en el fondo de la colonia, proporcionaba energía a toda la base.

—Debía ser de control automático, ¿no?

—Sí, eso parece. Sigamos descendiendo, aquí tampoco hay nada con vida.

Llegaron a la subplanta donde se ubicaban los despachos y

controles de la base. Fueron abriendo puerta por puerta y sólo descubrieron cadáveres en las más distintas posturas. Todos los muertos estaban desprovistos de traje de supervivencia espacial.

—El ataque debió ser por sorpresa, no les dio tiempo a prevenirse.

—No hay nada vivo.

—Hay energía aún, y si no han detenido toda la maquinaria, podemos encontrar algún lugar con comida y la forma de proveernos de atmósfera artificial.

—Es imposible, el techo de la base está destruido.

—Abajo hay hábitats de seguridad con atmósfera independiente, proporcionada por los depósitos al respecto.

Encontraron al fin uno de los hábitats. Tenía varias hileras de camas y una cocina anexa. Su puerta estaba abierta y no había nadie dentro, tampoco atmósfera.

—Allí puede haber comida.

—No lograremos comer con estos trajes.

—Pasemos dentro y veamos si hay suerte —propuso Jacke.

Se internaron en el recinto y Jacke se enfrentó con la caja de mandos, abriéndola.

—Andrea, cierra la puerta de seguridad herméticamente.

La joven obedeció y el hombre puso en marcha los climatizadores, quedando en suspenso. Por el momento sólo sabían que funcionaba la pila atómica que, por estar muy en el fondo de la base destruida, se había conservado y por su funcionamiento completamente automático seguía produciendo energía eléctrica, al paso de los días, semanas y meses.

Quedaron en tensión, esperando el resultado. Los baremos atmosféricos del hábitat comenzaron a funcionar.

— ¡Jacke, esto marcha! —exclamó, contenta.

—Sí, eso parece, pero hasta que no tengamos una presión normalizada, que el contenido de oxígeno sea bueno y la temperatura

de dieciocho a veinte grados Celsius no nos quitaremos los trajes de supervivencia, aunque sólo sea por un rato para descansar.

Mientras la atmósfera se regularizaba, Jacke y Andrea comenzaron a observar las posibilidades del hábitat.

—Tiene buenas camas. Creo que podremos descansar aquí algunas horas, estamos en plena fatiga.

—La cocina está bien surtida, Jacke, saciaremos nuestro apetito.

Siguieron observando. Andrea descubrió los cuartos de aseo y manifestó:

—Me daré un baño, lo necesito.

—¿Por qué no, si el sistema de agua funciona?

—No se habrán destruido los depósitos, ¿verdad?

Jacke, controlando los baremos de climatización, respondió:

—El agua sale de grandes masas de hielo que existen en el subsuelo. La energía calorífica que proporciona la pila atómica la derrite y eleva a una temperatura adecuada. En cuanto a la climatización, funciona perfectamente.

Jacke se quitó el casco primero y el traje después. Andrea le imitó, sin acordarse de que debajo del grueso traje de siete capas sólo llevaba unas minipanties de seda artificial doradas y sujetadores del mismo color.

Se soltó el cabello, evidentemente fatigada y ansiosa de libertad, pues el traje de supervivencia oprimía y era pesado

Jacke, frente a ella, opinó:

—Ahora sí puedo decir que eres una perfecta belleza, una maravilla de la naturaleza.

—Vamos, no digas tonterías.

—¿Tonterías? Nos hallamos prácticamente solos en este inhóspito lugar de la Luna y fuera, unos robotoides desean asesinarnos. Creo que es el momento idóneo para expresar lo que sentimos.

Se le acercó y ella no retrocedió.

Jacke Dean tenía el torso desnudo, aparecía amplio, algo velludo y muy varonil. Sus ojos la atraían, pero aún había en ella un algo de lucha y rebeldía feminista.

- ¿Qué es lo que sientes? —preguntó.
- No sé si al salir de aquí quedaremos con vida o no. Sería una estupidez que no nos dijéramos la verdad, por lo menos mi verdad.

—Todavía no la has dicho.

El alargó la mano y la cogió por la bien formada cintura.

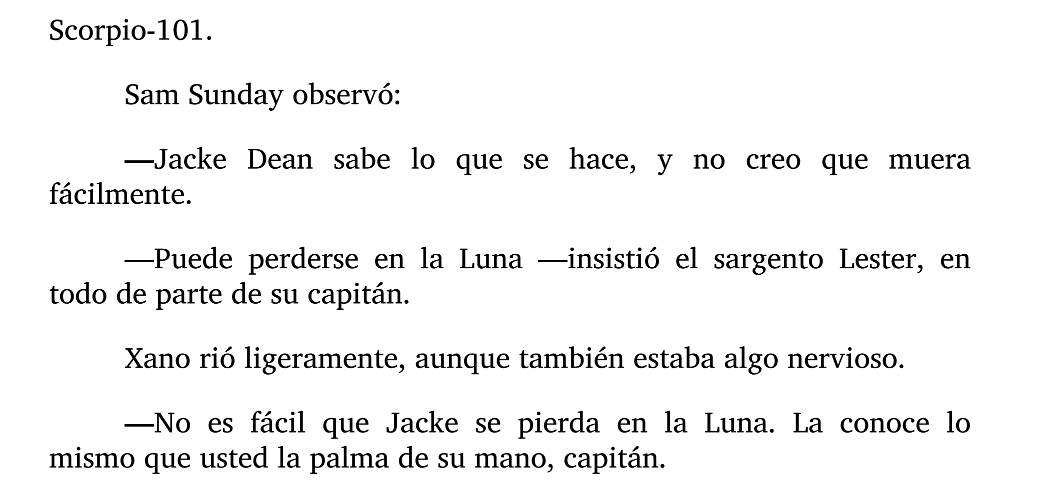
La atrajo hacia sí y la besó en los labios.

En Andrea Novara lucharon sentimientos encontrados, pero terminó alzando sus brazos desnudos para rodear el cuello masculino, entregándose a aquel beso que podía ser el último.

La vida terrestre, su civilización, estaba siendo sistemáticamente destruida de la forma más inesperada que a nadie se le hubiera podido ocurrir.

CAPÍTULO X

—Hace diez horas que partieron y no hemos tenido noticia alguna de ellos —gruñó malhumorado el capitán Clemans dentro de la



Scorpio-101.

Sam Sunday observó:

—Jacke Dean sabe lo que se hace, y no creo que muera fácilmente.

—Puede perderse en la Luna —insistió el sargento Lester, en todo de parte de su capitán.

Xano rió ligeramente, aunque también estaba algo nervioso.

—No es fácil que Jacke se pierda en la Luna. La conoce lo mismo que usted la palma de su mano, capitán.

—Entonces, ¿por qué no se pone en contacto?

Sunday puntualizó:

—Jacke dijo que no llamaría, que aguardáramos su regreso.

—Fuera de la nave no es el comandante —mascculló molesto el capitán—. Además, las vidas de la señorita Novara y del sargento Kamura están en peligro.

—Todos estamos en peligro —concretó Xano— y ahorita seguiremos esperando. Jacke Dean sabe lo que se hace y él regresará, no lo duden.

—Lamento no compartir su confianza. Para mí, su comandante no es un ser omnipotente como parece serlo para ustedes. Creo que es el momento de romper con algunas precauciones. Ellos captarán una señal si se la enviamos.

- Ni lo sueñe, capitán. Si enviamos una señal por ondas, ya que por infrarrojos no podemos hacerlo en este momento, pues ignoramos su paradero, seríamos descubiertos y esta nave es la única posibilidad de escapatoria que tenemos.

—Soy capitán, no lo olvide. Si trata de oponerse...

—No me amenace, capitán —le atajó Sunday—, No estoy bajo ningún régimen militar. Como usted ha dicho, somos aventureros del espacio y no me gusta aceptar órdenes, de modo que sentiría tener que golpearle.

—Si lo hace, se verá en una corte marcial —advirtió el capitán

Clemans, furioso.

- No sea grajo, capitán —intervino Xano—. Si no salimos vivos de aquí no habrá corte marcial ni nada que se le parezca.
- ¡Notificaré lo ocurrido cuando regresemos a la Tierra!

—Y nosotros que lo veamos, capitán, y nosotros que lo veamos — ratificó Xano, socarrón.

El sargento Lester propuso:

- Podríamos salir en su búsqueda, quizá estén en peligro.

—En peligro, seguro que lo están —corroboró el capitán—, Diez horas son capaces de agotar al más fuerte dentro de un traje de supervivencia y carecen de comida, no se llevaron víveres.

El negro Sam Sunday indicó:

—Los sismógrafos que hemos hundido en el suelo lunar desde la base de nuestra nave han dejado de captar la vibración de la Luna, eso indica que los macromotocohetes se han detenido. Quizá Jacke tenga algo que ver con ello.

—Me temo que sobreestima a su comandante, Sunday. El sargento Lester y yo, ya que nos impiden toda comunicación, saldremos al exterior en su búsqueda.

—Si se han alejado mucho en el tractor lunar, a pie les va a costar encontrarlos —advirtió Sunday.

- Es una lástima que la Scorpio no cargara con vehículos para avanzar por la Luna.
- La Scorpio puede avanzar por sí misma, posee buenos motores que le permiten navegar sin atmósfera y a escasa distancia del suelo lunar, pero no se moverá de esta zona minera hasta que Jacke Dean lo ordene.

—Y si ha muerto, ¿cómo va a ordenarlo? —gruñó el capitán Clemans.

- No tenemos evidencia alguna de que haya muerto — replicó Xano.

—Diez horas son demasiadas. ¿Cuánto tiempo de vida les garantiza su equipo de supervivencia?

Sam Sunday aclaró:

- El equipo individual de supervivencia lleva oxígeno para veinticuatro horas.

—Bueno, oxígeno tendrán, pero, ¿y víveres?

—Un día sin comer lo soporta cualquiera —observó Xano, con su forma alegre y particular de expresarse.

- Lo soporta cualquiera, pero la fatiga física y la falta de alimentos se pueden aunar para postrar a un hombre, máxime a una mujer.

—Jacke cuidará de la señorita Novara, capitán, no se preocupe por ella.

- De todos modos, saldremos a dar un vistazo por si necesitan nuestra ayuda.

—Capitán, no olvide que si la señorita entra en comunicación con usted para tratar de descifrar algo y no le encuentra en su puesto se va a molestar —recordó Sam Sunday.

—Está bien. Ustedes dos comandan la Scorpio, pero nosotros saldremos en busca de la señorita Novara. Sargento Lester...

—Sí, capitán.

—Venga conmigo. Nos vestiremos con los trajes de supervivencia y saldremos en busca de la señorita Novara. Si reciben algún mensaje de ella, no les costará mucho enviarnos una telecomunicación y regresaríamos de inmediato.

—Usted es libre de hacer lo que quiera, capitán, pero yo opino que deberían aguardar. Dentro de la Scorpio, sino ilimitadamente, sí por mucho tiempo, estamos seguros y podemos controlar cualquier vehículo que se acerque. Si pasan esas veinticuatro horas y ellos no han regresado, despegaremos y navegaremos a un par de cientos de metros de altura, escrutando el suelo hasta que los encontremos. Vamos armados y siempre podremos replicar a quienes nos ataquen.

—Su plan es correcto. Sunday, pero nosotros no vamos a esperar a que se les haya consumido todo el oxígeno. Vamos, sargento.

Ante la resignación de Sam Sunday y Xano, el capitán Clemans y

el sargento Lester salieron al exterior con sus trajes de supervivencia y armados con fusiles láser.

A través de los miradores de la Scorpio, los vieron alejarse del cráter, siguiendo las huellas del tractor lunar.

—Son testarudos —comentó Sunday, molesto—. Si Jacke hubiera sido atacado por alienígenas, esos seres sólo habrían tenido que seguir las huellas del tractor lunar a la inversa para dar con la Scorpio.

Xano, mostrándose ahora más pesimista, preguntó:

—¿Y si de veras le hubiera sucedido algo a Jacke?

—No parecías opinar así antes, Xano.

—Es que ahorita no está delante el plomo del capitán Clemans.

—Si he de serte sincero, yo también he estado a punto de poner en marcha la telecomunicación para intentar localizar a Jacke, pero me he contenido, recordando sus órdenes.

—Y has hecho bien, Sam. Una onda telecomunicativa sería como gritar que estamos aquí y quizá los invasores ignoren nuestra presencia.

—Esperemos que el capitán y su sargento no se metan en líos.

Mientras, los dos hombres que habían abandonado la Scorpio se alejaban de ella, siguiendo las huellas tan claramente dejadas por el tractor.

—Siguiendo su camino, hemos de encontrarlos forzosamente —gruñó el capitán.

Avanzaron incansables.

Pasó el tiempo hasta que al fin, ya muy agotados, arribaron al lugar donde se hallaba el motocohete principal, detenido en aquellos momentos.

—Mire, capitán, aquello es un tractor.

—¡Está fundido! Sin duda ha sido atacado.

—Allí hay un hombre en el suelo.

Se acercaron al caído, medio carbonizado, y el capitán Clemans lo identificó.

—Es el sargento Kamura.

—Ya no cabe duda alguna, han sido atacados. Tendremos que enviar una llamada a la Scorpio.

—Aguarde, sargento. Mire eso, son robots destruidos.

—Sí, robots destruidos. Por lo visto, hubo lucha.

—La señorita Novara y el comandante han desaparecido. Quizá consiguieron escapar o sean prisioneros de otros robots como éstos.

Clemans estaba indeciso. La muerte del sargento Kamura le había afectado, pero la desaparición de Andrea y el propio Dean le desconcertaba. ¿Cómo habría terminado aquel encuentro? La voz angustiada del sargento Lester le sacó de su ensimismamiento.

—¡Capitán, capitán, estamos rodeados por robots!

Clemans alzó sus pupilas y comprobó que, en efecto, estaban cercados por cinco robots que les impedían la fuga.

La visión de Kamura muerto y el tractor derretido no hicieron concebir a Clemans esperanzas acerca de cuál iba a ser su suerte.

—¡Sargento, dispare contra ellos, dispare! —gritó al tiempo que él mismo encañonaba con su láser a uno de los robots y lanzaba el rayo de la muerte.

CAPÍTULO XI

Cuando Jacke Dean despertó en una de las cámaras del hábitat de seguridad, olfateó el aire y le agradó el aroma que llenó su nariz.

Se levantó del lecho y descubrió a Andrea Novara en la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Ya despierto?

—Sí, despierto y oliendo muy bien.

—Sólo son huevos con bacon que he encontrado en la despensa, todo liofilizado, pero al añadirles el agua necesaria, se han puesto que dicen «comedme». También he disuelto en agua jugo deshidratado de tomate.

—Pues, no hagamos esperar a la comida, hay que alimentarse. —Se rascó el cogote, rezongando—: Me temo que los de la Scorpio estarán nerviosos por nuestra desaparición. Hace muchas horas que abandonamos la nave.

—Sí, y no tenemos medios para volver, por el momento.

—Si buscamos a fondo en esta base, quizá encontremos algún vehículo en el que poder regresar a la Scorpio y dar nuestras primeras impresiones. Luego ya volveríamos a por el vehículo alienígena y él nos conducirá automáticamente al centro que ellos tienen de operación.

—¿No sería mejor arriesgarnos a lanzar un mensaje por onda?

—Siempre es un riesgo, y si alguna ventaja tenemos ahora, es la sorpresa, la misma que emplearon ellos para invadir nuestras bases lunares, aunque ellos estaban bien armados y las bases prácticamente carecían de armas.

- Bien. Jacke. buscaremos algún vehículo con el que regresar. Puede que tengamos la misma suerte que en la mina de zafiros.

—Este es un buen lugar para venir a refugiarse, lástima que no tuvieran tiempo de emplearlo quienes han muerto bajo la invasión de

los robotoides.

Jacke Dean besó de nuevo en los labios subidos de color a Andrea Novara, caricia que ella buscó, mimosa.

Comieron y después ambos se vistieron con los trajes de emergencia, disponiéndose a salir. Antes, Jacke quitó la atmósfera artificial y al fin abrió la puerta, saliendo los dos.

—Subamos. En los hangares de los astrodromos están los vehículos, si es que los encontramos.

Subieron al vestíbulo circular, con el suelo pulido y más de cien yardas de diámetro. Avanzaban por su centro cuando Andrea chilló asustada.

- ¡Jacke, los robotoides!

—Sí, quieta, ya los he visto.

- ¡Son muchos!

—Ocho, ya los he contado.

—¡Atención, terrícolas, atención! —llegó una extraña voz hasta ellos.

—Jacke, parece que quieren ponerse en contacto con nosotros — musitó la joven.

—Sí, y será conveniente oírles un poco. Si empiezo a quemarles los sensores con mi láser, no me dará tiempo a acabar con todos antes de que ellos nos fundan con sus poderosísimos rayos.

—¡Escuchamos, escuchamos! —gritó Andrea—, ¡Queremos dialogar con ustedes!

- No seas muy optimista, Andrea —recomendó el hombre.

—¡Atención, terrícolas, arrojad vuestras armas, estáis rodeados! Si os resistís, moriréis.

—Será mejor demostrar buena voluntad, Jacke.

- Y si no demuestro buena voluntad, nos barrerán con sus rayos. Al parecer, tienen cierta consideración con nosotros. A los demás los mataron sin darles tiempo a dialogar.

—¡Repito, terrícolas, arrojad vuestras armas!

Jacke tiró el fusil láser, mientras Andrea le preguntaba:

—¿Cuál de ellos es el que habla nuestro idioma?

—No lo sé. Probablemente, estos robotoides ni siquiera hablen, puede ser su amo, que los utiliza como telecámaras automáticamente o ambulantes.

—Terrícola, tira también todo lo que llevas en el cinturón —exigió la voz que sonaba muy mecanizada.

—Al parecer, no son tontos y conocen nuestras armas —gruñó Jacke, que no gustaba de quedarse desarmado entre aquellos insensibles robotoides que a tantos terrestres habían asesinado.

Una vez se hubo desprovisto de toda arma, alzó su voz, que se escuchaba fuera del casco de supervivencia y dijo:

—No tenemos armas. Queremos hablar, somos enviados de paz.

—Seguid a los robotoides y no hagáis preguntas.

—Parece que tienes razón, Jacke. Alguien que está en otra parte habla a través de los robotoides.

—Sí, y ese alguien debe de ser uno de los seres que ha construido estos robotoides y, por lo tanto, un individuo de cultura muy avanzada. Nuestra civilización no ha llegado todavía a construir un robotoide, aunque en la Tierra proliferen los robots para trabajos mecánicos.

Caminaron hacia la salida y los robotoides formaron una escolta.

En el exterior, además del vehículo utilizado con anterioridad por Andrea y Jacke Dean, habían otros dos de características similares, aunque uno de ellos era mucho más grande, con mayor capacidad.de carga.

—Por fin podremos dialogar con esos seres.

—No te hagas muchas ilusiones, Andrea. Quizá nos quieran sólo para interrogarnos.

—¿Y qué habrían de preguntarnos?

—De dónde hemos salido, por ejemplo, cuando ellos creían que ya no quedaba ningún terrestre vivo en la Luna.

—¡Terrícolas, subid al carro grande y no tratéis de escapar, moriríais! —advirtió metálicamente la voz que se había comunicado con ellos.

—Estos robotoides me ponen nerviosa —se quejó Andrea—. Son seres electromecánicos y aunque tengan algo de biológicos, no los tolero, me dan miedo.

—Esperemos que los amos de estos robotoides no te pongan más nerviosa aún. Ahora somos sus prisioneros.

Los vehículos se alejaron de la base destruida en la que Jacke y Andrea habían pasado unas horas, reponiéndose.

El carro más grande, dentro del cual viajaban Jacke y Andrea, constituidos en prisioneros, quedó entre los otros dos. Así recorrieron millas hasta introducirse en el Mar de la Tranquilidad, muy cerca de donde quedaron los restos del primer paso del hombre terrestre en la Luna.

Allí estaba el primitivo módulo lunar y la placa con la frase del histórico presidente Nixon, también la bandera de barras y estrellas de los ya desaparecidos Estados Unidos, que ahora formaban unión con el resto de estados americanos.

Una enorme nave circular, seguramente capacitada no sólo para viajes interplanetarios, sino interestelares, se hallaba inmóvil, como carente de vida. Sin embargo, controlaba el planeta Tierra que tenían delante, envuelto en una densa atmósfera, donde la humedad era casi del cien por cien y los diluvios constantes.

—Ahí tenemos a la madre de la invasión. Quizá sólo haya venido esta nave.

—Es gigantesca. Ella podía traer en su panza los motocohetes que han instalado en los cráteres para arrancar a la Luna de su órbita natural alrededor de la Tierra —opinó la mujer.

En un lado de la nave, aparentemente ciega y hermética, se abrió una compuerta y salió una rampa que llegó hasta el suelo. Por ella penetraron los tres vehículos.

—Esto parece un garaje, hay varios vehículos.

—Sí, será porque hay más robotoides.

—¡Terrícolas, bajad y seguid a los robotoides, que os darán escolta! No intentéis resistiros o moriréis —insistió rotunda la voz metálica que al parecer brotaba de la bocina electrónica de uno de le» robotoides.

Escoltados ahora por cuatro de los robots, uno de los cuales portaba las armas de los terrestres, caminaron por corredores del interior de la gran nave invasora.

Tras abrirse unas compuertas de acero, pasaron a una sala en cuyo centro había una esfera de material transparente que podía ser cristal o plástico.

Dentro estaba el amo invasor.

— ¡Dios mío! —exclamó Andrea, sin poderlo evitar.

CAPÍTULO XII

El alienígena mediría unos cuatro pies de altura y su forma era totalmente ovoide.

Era como si sólo tuviera cabeza y careciese de cuerpo. Sus pies eran palmípedos y sus piernas apenas medirían tres pulgadas. En cambio, sus brazos eran largos y extremadamente delgados, terminando en unas manos de diez dedos cada una, con diminutas ventosas en sus yemas.

Aquellos brazos nacían en sus costados, pero a la misma altura que los ojos, completamente redondos y cuatro veces más grandes que los de Andrea. Al parecer, no vestía ropa ni ornamento alguno, y el color de su piel era rosa más oscuro en la parte baja y más aguda del huevo que constituía, y rosa claro, transparente, en la parte alta. Casi podía verse su enorme masa cefálica.

Carecía de nariz y tenía una boca diminuta. Grandes manchas circulares se multiplicaban debajo de sus ojos.

—Terrícolas, sois mis prisioneros —advirtió aquel extraño ser, que permanecía dentro de la esfera transparente.

—Entiendes muy bien nuestro idioma.

—Mis sensores han captado las emisiones de vuestro planeta —advirtió el alienígena—. Yo os hablo en mi propia lengua, pero el traductor automático nos pone en comunicación directa. Vosotros escucháis mi voz a través del robotoide y yo hago lo propio mediante un altavoz que hay dentro de mi hábitat.

—¿Tu hábitat? En él tienes atmósfera especial, ¿verdad? —preguntó Jacke.

—Sí, tengo una atmósfera controlada, posiblemente la misma que tenéis vosotros dentro de vuestros trajes de supervivencia.

Andrea estaba anonadada. Siempre había deseado ponerse en contacto con un extraterrestre y ahora no sabía qué decirle. Por otra parte, todos sus conocimientos idiomáticos no le servían en absoluto, dados los avanzados sistemas del invasor.

- De modo que tu atmósfera óptima es la que existe en la Tierra. En la Luna estarías perdido.

—Exactamente, como vosotros. Este hábitat me ofrece seguridad total. Los robotoides se encargarán de hacer todo el trabajo fuera de la nave. A ellos no les importa la atmósfera en que se desenvuelven, son máquinas muy perfectas y que lo resisten todo. Mirad.

Lo que había constituido una pared se iluminó, convirtiéndose en pantalla gigante.

- ¡Son el capitán Clemans y el sargento Lester!
- Están rodeados por los robotoides — gruñó Jacke.

En aquellos momentos, el capitán Clemans disparaba su láser contra los robots, y como lo hizo directamente contra sus cuerpos y no sobre los sensores como hiciera Dean, el haz fotónico rebotó.

De inmediato, los robotoides dispararon sus rayos letales y tanto el capitán como el sargento fueron alcanzados de lleno, abrasándose.

- ¡Asesinos! —gritó Andrea, sin poderse contener.

La imagen desapareció. El extraño invasor seguía mirándoles con sus ojos inexpresivos, grandes, redondos y sin párpados de protección.

—¿Asesinos? Esa palabra no es computable para mí.

—Creo, Andrea, que nuestro amigo el extraterrestre carece de sentimientos.

—Yo no siento eso que ustedes llaman dolor o placer al exterminar, no entiendo qué puede significar: Todo lo que constituye un peligro debe ser exterminado, no quiero riesgos. Soy el único superviviente de mi civilización y traigo la misión de reproducirme en la Tierra.

—¿Solo? — preguntó Andrea.

—Sí, nosotros poseemos el ambisexo. No obstante, ya tengo mis huevos autofecundados en las cámaras de conservación para que en cuanto lleguen al planeta elegido...

—Entiéndase Tierra — gruñó Jacke, con amargo sarcasmo.

—Sí, en la Tierra comenzarán a desarrollarse para convertirse en adultos como yo. Heredarán la memoria científica artificialmente y luego, ellos multiplicarán a los robotoides para que hagan los trabajos duros y conviertan a la Tierra en nuestro planeta perfecto.

—¿Cómo se van a aprovechar del planeta Tierra si lo están destruyendo? —protestó Andrea, hablando a aquel enigmático ser carente de sentimientos, tal como él mismo había expuesto.

- No, la Tierra no será destruida, sólo todo lo que vive en ella. Acercando este satélite natural al máximo, las lluvias y movimientos sísmicos terminarían con toda vida terrestre. Luego, pulsando este botón azul, los motocohetes que mis robotoides han instalado en la Luna, actuarán de forma contraria para regresarla a su lugar primitivo. La Tierra volverá a la tranquilidad, la dejaremos reposar y luego descenderé para ocuparla y todo ello, sin guerra, sin riesgos a morir en una batalla. No puedo exponerme a perecer, soy el último ser adulto de mi especie.

—Sin guerra, pero aniquilando a siete mil millones de terrícolas — protestó Jacke.

—Toda vida debe ser exterminada. Es la ley de la supervivencia.

Andrea protestó:

- Podernos pactar. La Tierra no es muy grande, pero habrá sitio para ti y tus descendientes, no tienes por qué destruirnos.

- Yo no hago pactos, no tengo por qué hacerlos. Toda la Tierra será mía. El único riesgo que debía correr ya lo he corrido, y fue invadir la Luna. Mis robotoides vencieron a los terrícolas aquí instalados y desde mi nave controlo el espacio alrededor de la Tierra. Todo ingenio volador que parte de la Tierra lo destruyo con mi poderoso rayo.

—¡Para exterminarlo todo! —gritó Andrea, entre aterrorizada y enardecida contra aquel ser inhumano.

—Yo no quiero destruir la Tierra, sólo la vida. Traigo en mi nave todo lo que hará falta reproducir en el planeta para sobrevivir en óptimas condiciones. Cualquier virus microscópico podría dañarme, por eso debo permanecer aislado en mi hábitat aséptico. La Tierra debe perder toda vida para que yo tome posesión de ella. No importa esperar algunos años hasta que esté limpia de focos infectos. Siete mil millones de cadáveres deberán descomponerse biológicamente, pero el exceso de agua ayudará a esa labor.

— No puedo creer lo que dice, no puedo creer que no sienta compasión de siete mil millones de víctimas que va a causar, que ya está causando con los cataclismos provocados por este acercamiento artificial de la Luna a la Tierra.

—Es lo lógico, yo soy el más poderoso —sentenció el alienígena —. Si vosotros hubierais invadido mi planeta, ahora extinguido por muerte de nuestro sol, nos habríais exterminado a todos.

—¡No es cierto, nosotros no cometemos genocidio!

Por un instante, Jacke Dean pensó en los genocidios que a lo largo de la historia se habían cometido en la Tierra, desde los pueblos primitivos en que tribus enteras eran aniquiladas a los pieles rojas en el siglo XIX o las tribus africanas en el siglo XX. Prefirió no ahondar en aquel tema, por ello, desviando la atención hacia otro punto que le interesaba, preguntó:

—Si vas a exterminarnos a todo, ¿por qué nos has traído vivos hasta aquí?

El alienígena, siempre a través de su robotoide traductor, respondió:

—Quiero saber de dónde habéis salido, vosotros y los que han muerto ante vuestra mirada. Mis robotoides me hicieron saber que aquí ya no quedaba vida, y ellos no fallan. No quiero correr riesgos y

exijo saber si hay algún otro nidal de terrícolas en la Luna.

- Para exterminarlo, ¿verdad? —inquirió Andrea, furiosa.

—Exactamente. No puede quedar vida terrícola en la Luna.

- Y cuando te lo digamos, nos matarás a nosotros también, ¿no? — preguntó Jacke al extraño, inteligente, pero inhumano ser venido de otros mundos ignorados, según él, de un planeta extinguido.

—Es lógico, vosotros también seréis exterminados —sentenció el extraño y ovoide ser. Mantenía los brazos caídos, tocando el suelo aséptico de su hábitat con sus veinte dedos provistos de pequeñas ventosas.

—¡Pues no te diremos una sola palabra de lo que pretendes saber, hijo del diablo! —espetó Andrea Novara, con vehemencia al ver que no había forma de razonar con aquel ser incapaz de pensar en algo que no fuera él mismo y su descendencia.

Para él, los terrícolas eran como hormigas que debían ser aplastadas para que no representaran molestias o peligro.

—Yo os obligaré a hablar —sentenció el alienígena mirándoles fijamente con sus grandes ojos de iris anaranjados.

CAPÍTULO XIII

Andrea gritó:

- ¡No hablaremos, antes prefiero la muerte!

—Andrea, eso es lo mejor que te he oído decir.

—Jacke, no es momento de bromas ante lo que ese horrible ser pretende.

- Los terrícolas sois débiles, lo sé, y mi mente es más poderosa que la vuestra. Hablaréis y yo destruiré el último nidal de terrícolas que hay en la Luna.

Jacke accionó un resorte de su casco y emergió una diminuta pero potentísima antena.

—Atención, atención, Sam Sunday, atención, Xano. Despegad y buscad la nave extraterrestre. Destruidla con las cargas atómicas que tenemos en la Scorpio.

—Eh, ¿qué haces, terrícola?

Jacke encendió la linterna adorada a su casco y la potente luz hirió de lleno las pupilas del extraterrestre, que carecía de párpados.

El alienígena, creyendo que la luz de la linterna era un rayo mortal, lanzó un grito infrahumano que horrorizó a Andrea.

Jacke aprovechó el momento de confusión para cargar contra él. El alienígena dio una orden y un robotoide disparó su láser, pero ya Jacke saltaba de costado y el rayo, en vez de darle a él, perforó la esfera de cristal que protegía al extraterrestre, despresurizándose en el acto. La esfera estalló y el alienígena comenzó a desgajarse, cambiando de color.

—¡Al suelo, Andrea! —gritó Jacke.

Mientras Andrea obedecía, los robotoides, desorientados por la muerte de su amo, no lograron evitar que Jacke saltara al interior del hábitat del alienígena recién muerto en medio de horribles sufrimientos físicos. Pulsó el botón azul hasta el fondo.

En el panel de mandos se encendieron dos luces púrpuras y Jacke comprendió que sendos motocohetes se habían puesto en marcha automáticamente, comenzando a girar la Luna sobre sí misma hasta que los motocohetes quedaron apuntando al planeta Tierra.

En aquel instante se encenderían la totalidad de los mismos, o sea, los cinco, y empujarían la Luna en dirección contraria a la Tierra para retornarla a su punto natural en el espacio.

Los robotoides volvieron a disparar, pero no contaban con la agilidad de Jacke que, además, poseía en su favor el sexto de gravedad lunar.

Disparó sobre los sensores de los desconcertados robots y éstos comenzaron a perder el control de sí mismos, estallando después.

- ¡Vamos, Andrea, hay que salir de aquí cuanto antes!

—Jacke, ¿y los huevos pequeños de ese alienígena?

- Ya les llegará su turno, ahora salgamos.

Recorrieron los pasillos en busca del hangar mientras sonaban chicharras de alarma.

Encontraron a los robotoides en el hangar y Jacke disparó contra sus sensores rápidamente. Conocía ya su talón de Aquiles y no vacilaba al destruirlos.

- ¡A uno de esos vehículos, Andrea!

Subieron a un vehículo pequeño y la fémina preguntó asustada:

- ¡No podremos salir, no sabemos almo funciona!
- Probemos suerte. Quizás alguno esté programado para largarse lejos.

—¿Lejos, adonde?

- A la zona de los motocohetes, por ejemplo.

El primero de los vehículos no se movió de donde estaba, pero el segundo si y se dirigió hacia la puerta que a su vez se abrió automáticamente. Descendió por la rampa y la gran compuerta se cerró tras ellos mientras huían a toda velocidad.

El caos reinaba dentro de la nave al morir su cerebro, pero los robotoides eran peligrosos y debían tener órdenes al respecto.

El vehículo se alejaba con normalidad, como dirigiéndose a la zona de los motocohetes, tal como estaba programado en su memoria, pues ni Jacke ni Andrea tenían que hacer nada para guiarlo, sólo se

dejaban llevar, esperando no encontrarse de frente con un grupo de robotoides.

En aquellos instantes, la Luna giraba sobre sí misma.

La Tierra, de no existir los densos nubarrones, habría visto por primera vez en su historia, directamente, la cara oculta del satélite.

- ¡Atención, Sunday, atención, Xano! ¿Me escucháis?

—Si. Jacke, te escuchamos, acabamos de despegar del cráter.

—Orientaos por las ondas que yo lance. Tenéis que recogernos.

—El capitán Clemans y el sargento Lester salieron de la Scorpio.

—Y han muerto —aclaró Jacke—. Los hemos visto.

—¿Y la señorita Novara? —preguntó la voz de Sam Sunday.

—Estoy bien —respondió ella misma, a través de su emisor-transmisor, acoplado al casco de supervivencia.

—¡Felicidades! —exclamó Sunday.

—Tenéis que recogernos, hay muchos robotoides que habrán salido en nuestra captura.

—Entendido, Jacke, volaremos bajo. Por cierto, parece que la Luna gira.

—Exacto, Sunday, está retornando a su posición primitiva.

—¡Magnífico, Jacke, enhorabuena!

A las pocas millas, la Scorpio, que navegaba a escasa distancia del suelo lunar, los descubrió. Tomó suelo con el tren de aterrizaje.

- ¡Vamos, Andrea, a la nave!
- La cogió de la mano y ambos corrieron hacia la Scorpio-101, penetrando en ella.

- ¡Vamos, Sunday, arriba! Ponte en órbita, aléjate del rayo mortífero de esos robotoides, ponte fuera de su alcance.

La Scorpio se elevó rauda, separándose de la corteza lunar cuando se encendían los tres motocohetes que completaban los cinco

y la Luna comenzaba a marchar hacia su órbita natural y primitiva, dejando poco a poco de causar catástrofes por la compensación gravitatoria sobre la Tierra, en especial sobre sus océanos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Andrea, ya desprovista del traje de supervivencia y vestida con un ligero atuendo sobre sus ropas doradas.

—Orbitaremos la Luna, acompañándola en su recorrido hasta que tenga su lugar en el espacio.

—¿Comunicamos a la Tierra el éxito? — preguntó Sunday.

- No —denegó Jacke—. Algunos sabios querrían coger esos huevos alienígenas para investigarlos y nunca se sabe lo que podría ocurrir.

—¿Quieres destruirlos? — preguntó Andrea.

—Sí, así terminaremos de una vez por todas con esta pesadilla.

Siguieron a la Luna en su cambio de órbita hasta que los motocohetes la pusieron en su lugar primitivo. Luego dejaron de funcionar tres para volver a girar la Luna y colocarla en su posición normal.

Jacke anunció:

- Este es el momento.

La Scorpio navegó por encima de la nave interestelar, falta del cerebro que tomaba las decisiones principales, y descargaron los explosivos atómicos sobre ella.

La nave interplanetaria estalló, fundiéndose poco después en medio de la elevadísima temperatura de millones de grados, causada por las explosiones atómicas.

- Misión cumplida —dijo Jacke Dean, suspirando—. Ahora sí puedes comunicarte con la Tierra, Sunday. Ellos ya habrán captado la nueva y natural posición de la Luna.

EPILOGO

El homenaje a los hombres de la Scorpio-101 fue mundial. El mariscal Boronov felicitó personalmente a Dean.

—Ha sido usted contundente, aunque no debió destruir esa nave.

—Era lo mejor, y aun así, no sabemos lo que puede venir en el futuro. Será mejor que cuando se reconstruyan las bases lunares las armen para posibles ataques como éste. Toda la humanidad ha estado a punto de perecer.

—Sí, pero no ha sido así, Dean. El Sol ya luce y las mareas han vuelto a su normalidad.

Novara, cogida del brazo de Jacke, observó:

—Es que Jacke es todo un guerrillero del espacio.

—Sí, y un hombre muy rico. El plutonio que descubrieron en Venus comienza a interesar mucho a los gobiernos, lástima que Bert Sullivan no pudiera resistir y muriera del corazón.

—Yo no quiero morir del corazón. Dejaré toda mi parte al gobierno mundial y así no sufriré.

—Es una noticia que le ennoblece aún más, Dean. Por supuesto, será nombrado algo importante en la compañía que se monte para explotación del plutonio venusiano.

—Lo que a mí me gusta es tener una nave en condiciones y viajar por el espacio, mariscal.

—Y ahora ya no viajará solo, mariscal, ha prometido casarse conmigo —dijo satisfecha Andrea.

El mariscal Boronov carraspeó:

—Creo que tengo algo que hacer.

Mientras él se alejaba, Andrea y Jacke se unieron en un profundo beso, que era continuación de los que habían comenzado en el reducto de una base lunar prácticamente arrasada.

F I N